

Problemas generales de la reconstrucción y la posición del grupo de lenguas indoeuropeas del Asia Menor*

LUIS MICHELENA ELISSALT (1915-1987)

PRELIMINAR

Este trabajo, escrito expresamente para concurrir a la oposición de la cátedra de “Lingüística indoeuropea” de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, convocada por Orden ministerial del 25 de abril pasado, se compone de dos partes o capítulos de carácter bastante distinto.

En el primero se trata de problemas generales de la reconstrucción, de sus métodos y de su significación, con aplicación especial al campo indoeuropeo. Toca cuestiones generales que han retenido mi atención desde hace mucho tiempo y quisiera, dentro de la mayor modestia, contribuir a la clarificación de los conceptos básicos de nuestra disciplina.

En el segundo, y un tanto como secuela o corolario del primero, se estudian brevemente los problemas que ha planteado a la lingüística indoeuropea la aparición de los materiales tocarios y, sobre todo, la de los hititas, con su cortejo de lenguas menores emparentadas del Asia Menor. Se hacen en él frecuentes referencias al libro de F. Rodríguez Adrados, *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, ya que contiene —aunque no sea su objetivo principal—

* Trabajo escrito para la oposición a la cátedra de Lingüística indoeuropea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, convocada por Orden Ministerial de 25 de abril de 1966 (Nota del autor).

el estudio más completo del problema central con que nos enfrenta a cada momento el hitita y su grupo: ¿arcaísmo o innovación? Por eso mismo, se tocan aquí sobre todo cuestiones ajenas a la morfología verbal, exhaustivamente tratada por Adrados.

En ambas partes desarrollo en algunos puntos ideas que sólo pude apuntar en una comunicación al reciente III Congreso Español de Estudios Clásicos, dedicada al aspecto formal y funcional de la oposición nominativo / acusativo en indoeuropeo.

No se me ocultan algunas de las deficiencias del presente trabajo. Aun dejando a un lado —y es mucho mejor dejar— mis limitaciones personales, he tenido que luchar con apremios de tiempo y, sobre todo, con la escasez de la bibliografía de que en esta ciudad puedo disponer. Espero se me disculparán, por lo tanto, algunas omisiones, sobre todo a trabajos de revista, que en otras circunstancias me habrían sido fáciles de evitar.

Lo que aquí se dice de las lenguas indoeuropeas del Asia Menor habrá que tomarse con las reservas que soy el primero en indicar. Siempre es delicado manifestarse sobre un grupo lingüístico cuando no se es filólogo en él, sino un simple comparatista que tiene que valerse, con discreción si posee un buen sentido crítico, de la labor filológica ajena. Por otra parte, esta filología está lejos de haber alcanzado la solidez de la filología clásica y en muchos aspectos se encuentra todavía en un estado de gran fluidez.

Y, por último, la elaboración comparativa de los datos lingüísticos no está aún lo bastante avanzada, ni hacia fuera ni hacia dentro. Para hablar sólo de las relaciones internas del grupo, es sabido que los datos de cada una de las lenguas y su elaboración han alcanzado grados muy distintos, por la naturaleza de los mismos materiales y por el estado de su investigación. Hay mucho, incluso en lo fonológico que espera aclaración: correspondencias difíciles como hit. *nepis* 'cielo', luv. *tappas-*, hit. jer. *tipas* (o *tapas*?) o la explicación del carácter aparentemente *satem* de hit. jer. *ásu(wa)-* 'caballo', *surna-* 'cuerno' (ef. luv. instr. *SI-nati*), *śuwana-* 'perro' (cf. ind. ant. *ásva-*, *śń ga-n.*, *śva*, obl. *śún-*), complicado con algún ejemplo, —muy dudoso— licio, etc. Pero, afortunadamente, la actividad no cesa en este terreno y de ella se puede esperar como resultado la sustitución a un muy largo plazo de bastantes dudas por seguridades*.

I. COMPARACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN INTERNA EN LINGÜÍSTICA INDOEUROPEA

1.1. Desde sus mismos comienzos, la lingüística indoeuropea ha sido a la vez modelo y avanzada de la reconstrucción, comparativa e interna. A ello han contribuido la riqueza, variedad y antigüedad de la documentación, cada vez más abundante, a que desde un principio ha tenido acceso; el prestigio de las lenguas clásicas y la seducción romántica de la India lejana; la vi-

* V.L. MICHELENA. Torrelavega, 28 de mayo de 1966.

talidad y expansión de lenguas modernas como las románicas, germánicas y eslavas, para no citar más que las europeas; finalmente, *last but not least*, el crecido número de investigadores dotados, muchos genialmente, que han dedicado a este campo toda o casi toda su labor. Bien es verdad que, como alguna vez se suele afirmar, la demostración del parentesco de las lenguas fino-ugrias, luego urálicas, acaso no sea posterior, y que de esta demostración previa se siguió una larga actividad comparativa con teorías como la de la gradación o apofonía consonántica tan amplias, y tan discutidas, como sus correlatos indoeuropeos. No es menos cierto que las lenguas semíticas, de parentesco evidente, cuentan con testimonios muy anteriores a los primeros datos históricos de las lenguas indoeuropeas, aun después de que las lenguas anatólicas y el griego micénico nos facilitaran documentación directa, no retrotraible por intermedio de una tradición de duración y fidelidad imposibles de fijar con exactitud, del segundo milenio anterior a nuestra era.

Pero a las primeras, las urálicas, les falta profundidad temporal —se habla, naturalmente, en términos relativos— y a las semíticas variedad, ya que su diversidad, si se prescinde por el momento de la que resulta de las enormes diferencias en fecha absoluta o “edad externa” de los testimonios, es de un grado semejante al que observamos en las lenguas románicas, germánicas o eslavas. La imagen, en este último caso, sería completamente distinta si se incluyeran en la comparación las llamadas lenguas hamíticas, encabezadas según su orden de aparición por el egipcio antiguo, seguido de muy lejos por el libio, mas conocido además por un puñado de inscripciones¹. Pero un número reducido de buenas ecuaciones léxicas, unido a una semejanza manifiesta de bastantes índices gramaticales y a coincidencias sorprendentes en los esquemas, no ha bastado todavía, ni quizá llegue nunca a bastar, para dar fundamento a una reconstrucción de estadios prehistóricos comparable, si quiera sea de lejos, a lo que se ha hecho en campos más favorecidos².

1.2. Las consideraciones precedentes señalan la importancia decisiva en cualquier tentativa de reconstrucción de un aspecto cuantitativo: el de su es-

1. Cf. J. FRIEDRICH, *Entzifferung verschollener Schriften und Sprachen*, Berlín-Göttingen-Heidelberg 1954, p. 97-102.

2. Para las lenguas hamito-semíticas, afro-asiáticas en su nomenclatura, véase el libro de Joseph H. GREENBERG, *The Languages of Africa*, Elocmington 1963 p. 42-692 otra bibliografía en M. COHEN, *Les langues du monde*, p. 82 ss. Para el semítico, An Introduction to the Comparative Grammar of the Semitic Languages, ed. by S. MOSCATI, Wiesbaden 1964. El atajo que sigue O. RÖSSLER, *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft* 100 (1951), el de reconstruir sistemas morfológicos antes de establecer los hechos fonológicos básicos, es el mismo que tomó, en otro campo, G. DUMÉZIL en su *Introduction à la grammaire comparée des langues caucasiennes du Nord*, París 1933, es dudoso que lleve a parte alguna, aunque Bopp hizo ya probablemente lo mismo, con mejores resultados. En realidad, los lingüistas soviéticos, al volver a emprender los trabajos comparativos tras la condenación del marrismo, continúan con el establecimiento de correspondencias fonéticas la obra de Trubetzkoy, aunque a escala menor, en el dominio de las lenguas caucásicas septentrionales.

cala, que depende de la dispersión de los testimonios en el tiempo y en el espacio. Dejada a un lado la "long-range comparasion" de M. Swadesh y otros³, que es pre-reconstructiva —en el sentido de que es anterior y previa a cualquier tentativa de reconstrucción o bien, si la situación misma o nuestra manera de ver es más pesimista, en el de paso último, cuando una reconstrucción, en el sentido pleno de la palabra⁴, no es posible—, podríamos distinguir entre una reconstrucción a gran escala y otra a escala menor: bien se entiende, claro está, sin entrar en la dialéctica de la cantidad y de la cualidad, que se trata de una distinción relativa, entre dos amplias zonas sin fronteras precisas.

La reconstrucción a escala reducida, ya esté determinada por la naturaleza misma de los materiales disponibles o bien se deba a una restricción voluntaria aconsejada por razones prácticas⁵, carece de profundidad temporal o, en otras palabras, reconstruye formas y fragmentos de sistemas de un pasado poco anterior a los testimonios utilizados. Pero la imagen o el conjunto de imágenes que nos facilita sobre una prehistoria nada remota suelen ofrecer la ventaja de ser bastante unitarias —o, por lo menos, fáciles de integrar en una visión de conjunto—, sin que se presenten problemas mayores de cronología relativa. No todo lo que se reconstruye puede ser evidentemente proyectado a un plano sincrónico, en un sentido riguroso, pero el margen de dispersión temporal es muchas veces suficientemente pequeño para que en la práctica pueda prescindirse de él.

En la reconstrucción a gran escala, y la del indoeuropeo es probablemente el mejor ejemplo de que podemos valernos, la profundidad temporal que se alcanza a penetrar es, por el contrario, muy grande. Pero esta inmensa ventaja trae siempre consigo un grave inconveniente: la distorsión y dispersión de las imágenes que pertenecen, sepámoslo o no, a muy distintos planos temporales. No pueden ser integradas, por lo tanto, en un sistema único, sino que, como cada día vemos mejor, deben disponerse en una sucesión de sistemas o de hechos más o menos sistemáticamente trabados. El establecimiento de cronologías relativas mediante la aplicación de criterios objetivos y unívocos en lo posible, es pues, de importancia esencial. Y que esto no siempre es sencillo lo prueba, por citar un ejemplo, la diversidad de criterios que siguen disputándose el terreno acerca del orden de sucesión y del acon-

3. Cf. SWADESH; *Language* 32 (1956), p. 19. Aquí se emplea la expresión en valor "pre-gloto-cronológico", por decirlo así, o sea como lo que C. F. y F. M. VOEGELIN han llamado, con una denominación de dudoso cuño, "phylum philology".

4. Es decir, en el que tiene desde Schleicher. Cf. H. M. HOENIGSWALD, *Anthropological Linguistics* 5 (1963), 1, p. 6 s.: "Shleicher was the first to demand of a given reconstruction what we have been demanding since, namely, that it be exhaustive in the zense that hte job is not done until the form in question is accounted form, phoneme by phoneme, from beginning to end and not just at selected points".

5. Bastará con mencionar una vez más el caso conocido del ensayo de reconstrucción de Elcomfield, que utilizó tan sólo algunas lenguas algonquinas, con exclusión no sólo de las de las Praderas (blackfoot, etc.). Cf. Ch. F. HOCKOTT, *Language* 24 (1948), p. 117-131.

dicionamiento mutuo de los dos actos de la apofonía cualitativa indoeuropea: la alternancia *e / o* y la alternancia *e / Ø*.

1.3. La misma ordenación de los testimonios, es decir, la fijación de las relaciones mutuas de proximidad o lejanía entre las lenguas que sirven de base a la reconstrucción, puede ser tarea muy complicada, aunque en la lingüística indoeuropea —probablemente por fortuna— quedó simplificada, excesivamente simplificada en realidad, por el prestigio de ciertos modelos antiguos y muy en particular el del indio antiguo. Volviendo una vez más a la analogía, mera analogía, entre la reconstrucción lingüística y la crítica textual, conocida y señalada desde Curtius por lo menos, se podrían comparar la reconstrucción a escala mayor y menor con las tradiciones manuscritas o “demasiado complicadas” o “demasiado simples”⁶. En todo caso, hay siempre en la reconstrucción un elemento de indeterminación, que aparece como un dilema: la unidad, por lo relativa que sea, de la protolengua reconstruida sólo se consigue a costa de reducir la penetración en el tiempo y esta penetración sólo aumenta con daño de la unidad.

En otro lugar⁷ me he referido a la dificultad que presenta la ordenación y jerarquización —clasificación y subclasificaciones de las lenguas-testigo, haciéndome eco de la opinión de Benveniste, según la cual es dudoso que el modelo construido para las lenguas indoeuropeas tenga aplicación a otras familias lingüísticas, como las lenguas bantu, por ejemplo⁸. Tendríamos aquí una “parenté par enchaînement”, ya que cada lengua o subgrupo de lenguas se relaciona estrechamente con las vecinas y menos con las más distantes y de un extremo del área al otro vamos pasando de un eslabón a otro muy semejante hasta que, acumulándose las diferencias con el aumento de la distancia, acaban por llegar a ser muy grandes.

Pero ahora me parece sumamente dudoso que, aun prescindiendo de las deficiencias de hecho muy reales que se dan en algunos campos —por el número de lenguas a comparar en relación con el número de los investigadores hay varios que no están en condiciones de igualdad con el dominio indoeuropeo—, el concepto de “parenté par enchaînement” sirva de mucho, como no sea tomado como simple reconocimiento de impotencia provisional. No creo, sobre todo, que situaciones como las mencionadas constituyan en principio un desafío a los métodos comparativos. Green-

6. Cf. S. TIMPANARO, *La genesi del metodo del Lachmann*, Florencia 1963, p. 78 y, en general, el capítulo “Critica testuale o linguistica, e crisi di entrambe nell’ultimo Ottocento e nel Novecento”. p. 72 ss., que se utiliza en lo que sigue.

7. *Lenguas y protolenguas*, Salamanca 1963 (*Acta Salmanticaensia*; Filosofía y Letras, XVII, 2), p. 82, con referencia a BENVENISTE, La classification de langues, *Conférences de l’Institut de Linguistique de l’université de Paris*, 11 (1952-53), p. 33-50.

8. Es un punto de vista, determinado en parte por criterios poco favorables a la reconstrucción, de MALCOLM GUTHRIE, en *Travaux de l’Institut de Linguistique de l’Université de Paris* 4 (1959), p. 73-81 y 83-91.

berg⁹, por ejemplo, trata de explicar, no sin fortuna, cómo ha podido llegarse a situaciones como la que encontramos en el dominio bantu o acaso en el austronesio¹⁰.

1.4. Sería un error, además, creer que nada parecido se halla en las lenguas indoeuropeas. Si nos atenemos a las románicas, por elegir un grupo familiar, el hecho de que nadie se esfuerce en serio por reconstruir el ibero-románico, el galo-románico, etc., para llegar de su comparación al románico común, se debe sin duda a que todos tenemos la arraigada convicción de que tales agrupaciones y protolenguas intermedias carecen de utilidad —no digo ya de realidad—, como no sea para problemas muy concretos del vocalismo en sílaba acentuada, por ejemplo, para el cual se puede llegar a establecer y se han establecido de hecho sistemas regionales¹¹.

La falta de utilidad de las reconstrucciones parciales es en este caso el reflejo de un hecho histórico. Sobre todo porque la “separación” entre los miembros de la familia, concepto básico de la glotocronología, está muy lejos de haberse producido en un lejano punto de tiempo, como han señalado Coseriu y otros: en realidad, siguen en buena medida sin haber terminado de separarse. No es que la acción mutua entre las lenguas, como la gravitación, no pueda obrar a distancia (piénsese, por citar un solo caso en relación entre francés y rumano en el siglo pasado), pero es evidente que la proximidad en el espacio y sobre todo la contigüidad facilitan el intercambio y con él la extensión de hechos lingüísticos de todo tipo, extensión favorecida por las semejanzas estructurales, aunque no lo impidan ni siquiera las diferencias tipológicas más profundas.

No es, pues, comparable el caso de lenguas emparentadas que han tenido largas épocas de desarrollo independiente en espacios a veces muy alejados entre sí o que han entrado en contacto (germánico y románico, etc.) cuando ya estaban radicalmente diferenciadas, con el de dialectos que se han ido sedimentando sin movimientos bruscos de población en el curso de los siglos (gallego-portugués y asturiano-leonés, catalán y alto-aragonés, dialectos vascos, etc.), que no conocen fronteras y soluciones de continuidad, sino transiciones paulatinas y graduales: en otras palabras, la discontinuidad de unos se opone a la continuidad de otros.

1.5. Un corolario de las consideraciones precedentes es que, a la inversa, los criterios geográficos establecidos por Bartoli y practicados sobre todo por

9. J. H. GREENBERG, *Essays in Linguistics*, The University of Chicago Press 1963, p. 48 ss.

10. Cf. A. CAPELL, *Current Anthropology* 3 (1962), p. 371 ss.

11. *Lenguas y protolenguas*, p. 35 ss., siguiendo a D. Alonso, Lausberg y Lüdtke. Cf. ahora Ernst PULGRAM, Proto-languages as Proto-Diasystems: Proto-Romance, *Word* 20 (1964), p. 375-382.

los “neo-lingüistas” italianos, cuyo valor y utilidad no pretendo negar en absoluto, sólo encuentran plena aplicación en el caso de dialectos que han ido divergiendo sin saltos dentro de un *continuum* geográfico, sin grandes trasiegos de población y sometidos a la influencia de centros culturales y administrativos¹². Con esta limitación, pueden considerarse objetivos, aunque su aplicación no sea siempre fácil, sobre todo en los casos de colisión de criterios, por razones evidentes y conocidas¹³, pero sólo con esta limitación. Con relación a las lenguas indoeuropeas, cuya primera aparición histórica da ya claro testimonio de una enorme dispersión en el espacio, sin contar con los movimientos posteriores de pueblos, su valor, al menos como norma que aspira a la objetividad, es sin discusión muchísimo menor.

La continuidad, por el contrario, supone las mayores facilidades para la contaminación, para la “transmisión horizontal”, cuya importancia, por ser tan real como es, ha tenido que ser cada vez más reconocida, desde J. Schmidt por lo menos, en el campo de la reconstrucción lingüística, paralelamente a lo que ha ocurrido en la constitución de textos. Esta es, según mi personal entender, una circunstancia, más bien desfavorable para el comparatista que se movería con mayor seguridad, lo mismo que el crítico textual de corte lachmanniano, si no hubiera más transmisión que la “vertical”, la que permite la aplicaciones de procedimientos puramente mecánicos, y como tales formalizables en sus grandes líneas, sin tener que recurrir a ninguna forma de pensamiento “creador”¹⁴. No tiene, sin embargo, mayor sentido el manifestar alegría o depresión por la presencia de condiciones y circunstancias que existen y que ninguna lamentación puede alcanzar a eliminar. Han de ser tenidas simplemente en cuenta ya que, como decía Paul Maas, *gegen die Kontamination ist kein Kraut gewachsen*¹⁵.

1.6. Esto nos lleva a la cuestión de la utilidad de la restitución de “unidades intermedias”¹⁶, admitida ya implícitamente al menos como expediente impuesto por las circunstancias, de reconstrucciones escalonadas, como si dijéramos de subarquetipos. Será mejor atenerse por el momento a su utilidad y dejar para más adelante la cuestión de su realidad.

12. Cf. L. R. PALMER, *The Latin Language*, Londres 1954, p. 26 s.

13. Por lo que hace a la norma de las áreas laterales, ya Schuchardt sabía, antes de su formulación expresa, que la coincidencia entre dialectos marginales es probablemente un arcaísmo, tan sólo porque es más probable la conservación independiente de un rasgo tradicional que la innovación común, no porque las áreas laterales sean en sí más conservadoras que otras: por otra parte, ¿tiene mucho sentido hablar de arcaísmo en general, tratándose al menos de variedades coetáneas, y no con respecto a un rasgo o a un grupo determinando de rasgos? Por eso, y aunque en algunos neo-lingüistas parece atribuirse, por implicación, una especie de valor místico, irracional, a esta y a otras normas geográficas, no creo que la reciente exposición de W. MANCZAK, *La nature des archaïsmes des aires latérales*, *Lingua* 13 (1965), p. 111-124, contenga conceptos de particular novedad.

14. Cf. J. J. KATZ y J. A. FODOR, *Linguistics* 3 (enero 1964), p. 25.

15. *Crítica del texto*², Florencia.

16. Cf. TIMPANARO, *op. cit.*, p. 81.

La prueba práctica, el criterio de la fecundidad, les ha sido por lo general desfavorable, como todo el mundo sabe. Sería muy larga la lista de unidades –el italo-céltico, por ejemplo, con sus dos ramas– mencionadas en otro tiempo a menudo, aunque nunca reconstruidas en realidad, cuyo nombre ha ido desapareciendo de la literatura especializada¹⁷.

Está claro que tales unidades debieron el bautizo, aunque quedaran non-natas, a una concepción ingenua de las relaciones entre las lenguas de una familia, que procedían de esquemas demasiado simples¹⁸, tan simples que no pudieron resistir a la prueba de la aplicación a casos concretos.

Sería, sin embargo, una exageración manifiesta afirmar que han desaparecido en absoluto, todas y cada una de ellas. Tenemos ante los ojos el ejemplo manifiesto del proto-románico, que interesa reconstruir y se ha reconstruido, ya que por él y sólo por él se puede explicar –no sin residuo, naturalmente– los hechos de las lenguas románicas. Y al reconstruirlo se puede prescindir y se prescinde de hecho de toda referencia a escalones más altos de la reconstrucción.

1.7. En este caso concreto, se podría objetar, el objeto real al que trata de aproximarse la reconstrucción es una lengua y una lengua determinada, de historia bien conocida: el latín. Otro tanto podría decirse, supongo, de la base común, *koiné*, de los dialectos griegos modernos, con la excepción de la herencia de los dialectos antiguos en tsaconio y maliota. Por el contrario, falta una constancia histórica semejante en otras reconstrucciones de unidades intermedias.

Pero, si tomamos el germánico y el eslavo comunes –o, si se prefiere, el protoeslavo y el protogermánico–, es un hecho que estas protolenguas, basadas en el testimonio de dialectos relativamente poco diferenciados, presentan todas las características del protorrománico y se conducen a todos los efectos prácticos como éste: su imagen es aceptable unitaria, lo cual no excluye en algún punto dualidades e incluso multiplicidades. Pero esta admisión de variantes en el arquetipo, aunque sea poco deseable por razones metodológicas, no constituye ninguna contradicción que invalide la teoría y, sobre todo, la práctica de la reconstrucción a esta escala intermedia. No hay teoría o modelo que explique los hechos para los cuales ha sido concebido o diseñado sin dejar un residuo refractario. Y sería inaudito que una exigencia imposible de cumplir por las ciencias de la naturaleza le fuera impuesta a una disciplina cultural.

Otras unidades intermedias que han defendido bien el terreno son, en el campo indoeuropeo, el indo-iranio, el protogriego –al que todos recurren en

17. Véase para toda esta cuestión F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, Madrid 1963, p. 45 ss., con bibliografía.

18. Un ensayo para mejorar el modelo del *stemma* genealógico, rectamente concebido como un intento de presentar una representación gráfica más ajustada, se encuentra ahora en FRANKLIN C. SOUTHWORTH, *Family-tree Diagrams*, *Language* 40 (1964), p. 557-563, pero no puedo ahora opinar sobre su mayor o menor adecuación.

la práctica, si no en la teoría, siquiera sea ocasionalmente y movidos por la necesidad del momento— o el mismo protocéltico (protobritánico más goi-délico más los escasos restos del celta antiguo, continental e insular).

Habría que decir quizá que más allá de un cierto grado de divergencia entre los dialectos considerados la reconstrucción, entendida siempre en la escala intermedia, carece de interés o, lo que equivale a lo mismo, de utilidad, sobre todo si la divergencia va acompañada de coincidencias notables que pueden ser, al menos en parte, debidas a convergencia secundaria, llámesele contacto, aculturación o transmisión horizontal. Pero, aun en este caso, es por lo menos dudoso que no quepa apelar al escalón intermedio para tratar de problemas limitados y parciales. Así, y a pesar de todas las dudas que han ido acumulándose sobre esta unidad, no sin notorias exageraciones, Martinet ha recurrido al para algunos desacreditado itálico común para cuestiones de consonantismo —y lo mismo, y mucho más fácilmente, podría hacer cualquiera, y de hecho se hace, para el vocalismo— y el balto-es-lavo, por difícil que sea determinar unívocamente la relación entre sus dos ramas¹⁹, reaparece una y otra vez, al menos en contextos limitados²⁰, y no será fácil eliminarlo por completo.

1.8. A mi entender y con todo respeto para otros pareceres más autorizados, no hay diferencias mayores entre unos lingüistas y otros —o, al menos, no hay diferencias esenciales e insalvables— en la práctica de la reconstrucción. Los hay simplemente, y no intento dar un carácter valorativo a los calificativos, más rigoristas y más laxos, más mecanicistas y más inclinados a combinaciones complejas, más audaces y más tímidos, etc. Las divergencias se hacen por el contrario radicales cuando se empieza a hablar de la teoría o, mejor, de la metateoría: de la meta-reconstrucción, si vale decirlo así, y no ya de la reconstrucción.

Es natural y hasta necesario que uno se pregunte por el valor de la reconstrucción, es decir, por la adecuación o falta de ellas de los productos de la reconstrucción a una realidad pretérita, a la que por lo general nos falta toda posibilidad de acceso directo. Que esta adecuación existe o debe existir dentro de ciertos límites —entendida en el sentido de una aproximación, todo lo imperfecta y grosera que se quiera— es, creo, una creencia extendida, si no común: no habría razón, de otro modo, de preferir una reconstrucción a otra²¹: de alguna manera nos movemos o intentamos movernos en el reino de la realidad, no en el de la pura fantasía. La cuestión estriba en saber qué

19. Cf. N. VAN WIJF, *Die baltischen und slavischen Akzent-und Intonationssysteme*², 's-Gravenhague 1958, p. 11 ss.

20. Véase, pro ejemplo, la contribución de C. WATKINS a *Evidence for Laryngeals*², La Haya 1965, p. 116 ss.

21. En una breve reseña, por otra parte muy amable, de *Lenguas y protolenguas* en *Revue belge de Philologie et d'Histoire*, 43 (1965), p. 1141, s., se me interpreta, creo, en un sentido demasiado "irrealista".

clase de realidad es esta “realidad” nuestra, ya que las hay de muy diverso jaez²².

Insisto una vez más en qué aquí es necesario establecer de manera tajante la distinción, preconizada por Coseriu en otro contexto²³, entre el plano del objeto y el plano del método, entre lo ontológico y lo metodológico. Porque la reconstrucción, disciplina empírica, sólo lo es a medias: en cuanto que se base en hechos empíricos que deben ser explicados por otros, que ya no están sometidos a la condición de observabilidad, como justamente señala Roch Valin²⁴, aunque alguna vez, por algún azar improbable y afortunado, puedan llegar a ser observables. “Die beschreibende Wissenschaft –decía H. Schuchardt– ist nur eine Vorstufe de eigentliche, der erklärende Wissenschaft... Überall stossen wir auf Entwicklung; demzufolge muss das Sein aus dem Werden erklärt, de genetischen Methode die Herrschaft zuerkannt werden”²⁵.

Es probable que, cuando discutimos dentro del terreno ontológico, nos inclinamos a ver en nuestros adversarios opiniones radicales que ellos no aceptarían como propias sino con muchas restricciones y, por otra parte, a acentuar y exagerar, por contraste y llevados del furor polémico, las que nosotros mismos sustentamos: hay mucho maniqueo y mucha cabeza de turco forjados al calor de la discusión²⁶. Posiblemente también, si ésta se centrara en el único terreno realmente productivo y sometido a verificación, siquiera haya ésta de ser indirecta, que es el de los métodos, la disparidad de opiniones llegaría a parecer menos decisiva.

1.9. Se podría hablar, sin mayor hipérbole, de una cierta crisis de la reconstrucción en los últimos tiempos, aunque no en modo alguno de una quiebra. La crítica se ha hecho cada vez más aguda para lo que se refiere a los métodos mismos de reconstrucción como también sobre todo para los resultados obtenidos con su aplicación, cuyo valor y significación no se nos apa-

22. Para las ideas de uno de los críticos más agudos de las concepciones recibidas, V. PISANI, remito a su último libro: *Le lingue indeuropee*, Brescia 1964.

23. Cf. G. A. KLIMOV, *Etimologičeskij slovar' kartvelskix jazykov*, Moscú 1964, p. 12 s.

24. *La méthode comparative*, Quebec 1964, p. 8 ss.: la segunda parte del libro no tiene mayor relación con nuestro tema. Tengo que señalar que me parece exagerada la afirmación d la p.8: “A ce mécanisme heuristique [=le mécanisme formel auquel la méthode comparative doit sa puissance heuristique] les théoriciens de la méthode ne se sont curieusement jamais arrêtés à réfléchir”.

25. *Das Baskische und die Sprachwissenschaft*, Viena 1925, p. 3 s. Naturalmente no quiero con esta cita negar la importancia ni siquiera la prioridad de la descripción sobre la explicación de la sincronía sobre la diacronía, ni creo que Schuchardt quisiera negarle toda autonomía.

26. Cf. L. HJELMSLEV, *Acta linguistica* 6 (1950-51), p. 95 (necrología de G. Bertoni): “Si nous voyons juste, les ‘positivistes’ et ‘matérialistes’ combattus par les ‘idéalistes’, et les ‘néogrammariens’ combattus par les ‘néolinguistes’, n’existent pas et n’ent peut-être jamais existé: ce sont à notre avis des têtes de Turc créées artificiellement. Ces milieux exagèrent des contrastes qui nous semblent dans une large mesure factices”.

rece tan clara y unívoca como en tiempos pasados. Esta reflexión crítica es sin duda necesaria y saludable, pero ha supuesto una restricción y una traba para unos procedimientos cuyo poder no ha aumentado ni mucho menos, aunque a veces se manifiestan opiniones más optimistas²⁷, de manera comparable al crecimiento del recelos y escrúpulos.

Construcciones amplias y aparentemente sólidas se han abandonado, y en ninguna parte es esto más verdadero que en la lingüística indoeuropea, sin que hayan sido sustituidas por otras tan comprensivas como las anteriores, o bien, y esto no es acaso mejor para quien no se sienta con fuerzas para diseñar o elegir su propio sistema, el consenso general ha sido sustituido por el choque de teorías encontradas. Todo esto no constituye, sin duda, un mal desde un punto de vista objetivo, sino todo lo contrario, pero es a menudo motivo subjetivo de incomodidad y malestar.

Las concepciones estructuralistas mismas, una vez superados el exclusivismo que por reacción hacía de la descripción el campo único de la lingüística menospreciando o desechando la diacronía²⁸, han aportado una contribución esencial a la comprensión y hasta cierto punto a la explicación de la evolución de las lenguas. Pero la necesidad de operar con sistemas, que todos o muchos hemos aprendido de ellas, sin poder contentarnos ya con el examen de elementos aislados, añade dificultades a una tarea ya difícil y el estructuralismo, en su aplicación a la reconstrucción, no ha proporcionado —todavía— instrumentos de reconstrucción cuyo poder de penetración sea sensiblemente mayor que el de los antiguos. Bien es verdad que al decir penetración me refiero a la penetración retrospectiva, hacia un pasado no documentado, porque la aplicación sistemática de la “reconstrucción prospectiva”, la que marcha en el sentido del tiempo, es una secuela del estructuralismo²⁹. Y, entre los métodos de reconstrucción, el de la reconstrucción interna es y ha sido siempre estructuralista por su esencia misma. No es, por lo tanto, una casualidad que se deba a Ferdinand de Saussure, en su famoso *Mémoire*, una de las más brillantes y audaces aplicaciones del estructuralismo a la reconstrucción³⁰, que sigue siendo hoy una piedra angular, aunque para algunos sea piedra de escándalo, de la fonología indoeuropea.

1.10. Lo que sigue en pie y lo que todos seguimos usando, sin duda porque tiene un valor real, es el antiguo aparato, en forma conservadora o en versiones modernizadas, de la reconstrucción lineal, basado en el postulado de la regularidad —relativa, sin duda— de los cambios fonéticos, por lo menos

27. Véase, por ejemplo, N. E. COLLINGE, *Foundations of Language* 1 (1965), p. 357 (reseña de H. PEDERSEN, *The Discovery of Language*).

28. L. ANTAL, *Questions of Meaning*, 's-Gravenague 1963, p. 7 ss., es en este punto un reaccionario, como acaso también en otros.

29. Cf. CALVERT WATKINS, *Indo-European Origins of the Celtic Verb. I. The Sigmatic Aorist*, Dublin 1962, p. 4 ss.

30. Véase A. MARTINET, *Anthropology Today*, University of Chicago Press 1953, p. 577.

en lo que tiene de externo, de mera notación. Bastará con apuntar aquí su semejanza, nada superficial, con el lenguaje de la lógica formal. Disponemos, en suma, de un puñado de símbolos, correspondientes a fonemas al menos en la intención, con los cuales se pueden construir fórmulas que serán correctas si están sometidas a ciertas restricciones combinatorias. Hay después operaciones que pueden hacerse con ellas, operaciones que consisten en la aplicación de fórmulas de sustitución contextualizadas, cuyo resultado son o deben ser, si las operaciones son correctas, formas efectivamente documentadas en las lenguas históricas cuyo ser se trata de explicar por este devenir. Se trata, pues, en apariencia, de un juego, como el de la lógica formal, pero, lo mismo que el de ésta, no acaba de reducirse jamás a puro juego³¹. Porque no podemos dejar de suponer que estas fórmulas, separadas por su asterisco del reino de la realidad histórica, “tienden a corresponder, en algún nivel y por muy aproximadamente que sea, a una realidad lingüística preexistente”³².

Ya señalé en otra ocasión³³ la semejanza que estas fórmulas de sustitución tienen con las transformaciones de la gramática generativa. Y al sugerir allí que su aplicación podría servir a la novela lo mismo que sirve a la historia, ya que se podrían aplicar reglas de transformación distintas de las atestigüadas históricamente (donde la ficción, por azar, podría coincidir con la realidad), se podía haber añadido que, del mismo modo, podrían construirse gramáticas transformativas de lenguajes completamente imaginarios³⁴.

La diferencia, porque se trata de una simple analogía, no de una identidad, está en que la reconstrucción lingüística se mueve siempre al nivel de la lengua, no del habla: sus símbolos son elementos de un inventario, del inventario fonológico de la lengua protolengua, y las formas que con ello se construyen forman parte de distintos inventarios que se integran en diferentes paradigmas. Por eso sin duda las restituciones de textos que alguna vez se han realizado —recuérdese la famosa de Shleicher y, a escala menor, la de Robert A. Hall, Jr.— se han aceptado como especies de *divertimenti*, más o menos ingeniosos o amenos. Por el contrario, la gramática transformativa se mueve en el plano sintagmático, en el de los mensajes más que en el del código, y genera textos, como la crítica textual, aunque en un sentido quizá radicalmente distinto. Lo más que se ha podido hacer en este orden en la reconstrucción lingüística es tratar de determinar el orden respectivo en la frase de determinadas clase de morfemas, como en los brillantes ensayos recientes de Watkins³⁵, que contaban con ilustres precedentes³⁶.

1.11. Pero, aun dentro mismo de lo que hay de puramente lineal en la reconstrucción —es decir, en lo que en ésta puede reducirse a cambios gene-

31. Roger MARTIN, *Logique contemporaine et formalisation*, París 1964, p. 190.

32. Falta la página 34 del original, que comprende las notas 32-44, ambas inclusive. Posiblemente se trata de una confusión del autor al incluir por duplicado la página 35 con las notas 45-54.

realizados que se pueden resumir en las antedichas fórmulas de sustitución, sin tener que recurrir a combinaciones más complejas—, no todo es simple ni mucho menos: hay en ello dificultades de muy otro orden que la de seguir en la notación (por ejemplo, **ok'fo(w)*) o **A^wek'teA^w* para el prototipo del lat. *ocfō*, gót. *ahtau*, etc.) unas tradiciones u otras.

En la base misma del método comparativo están las igualdades o ecuaciones que se establecen entre formas total o parcialmente equivalentes de lenguas distintas y de estados distintos de una misma lengua. Esta “identidad diacrónica”³⁷ es esencialmente, como se sabe, una identidad formal: las formas totales o los segmentos de formas que se corresponden resultan de transformaciones lineales de una misma protoforma. Los cambios de valor —no absolutos, sino determinados por la posición del morfema en cada uno de los diferentes sistemas³⁸— no pueden ser reducidos, y esto también es sobradamente conocido, a pura linealidad. Lo que está tan claro en teoría es, sin embargo, mucho más complejo en la práctica, ya que los comparatistas se han visto siempre obligados a considerar formalmente igual lo que se formalmente distinto y, a la inversa, a despreciar ecuaciones formalmente perfectas.

No es sólo que, pongamos por caso, la ecuación gr. ἵππος (y probablemente la de toc. A *yuk*, B *yakwe*) = lat. *equos*, etc., requiera importantes correcciones para su ajuste. Es que además de igualdades que no necesitan retoques (como lat. *equa* = ind. ant. *āsvā*, lit. *āsvà*, etc.)³⁹ carecen de todo valor probativo, ya que no son más que la realización tardía e independiente de virtualidades comunes⁴⁰.

Hoy, por el contrario, la acepción de igualdad en el que, por ejemplo, arm. *berem* corresponde a gr. φέρω, etc., porque su grupo es la mejor correspondencia que tiene en armenio la clase primera de presentes indios y sus correlatos en otras lenguas. Para no salir del armenio, es bien sabido que es probativa la correspondencia de arm. *erek*, çork, gr. τρεῖς, τέσσαρες, frente a arm. *erku*, hing, (hom.) δῶν, πέντε, puesto que los numerales ‘tres’ y ‘cuatro’ y sólo ellos llevan en una y otra lengua un índice plural, en contraste con el dual ‘dua’ (arm. *-u* = gr. *-ō*) y con los numerales superiores sin desinencia, y esto con entera independencia de la que correspondencia arm. *-k* = gr. *-s*, muy discutida⁴¹, sea fonológicamente correcta o no.

1.12. En otras palabras, hay que admitir igualdades morfológicas al lado y además de las igualdades de carácter estrictamente fonológico. Así en la apofonía tenemos un grado cero tanto en lat. *coctus* = gr. πεπτός = lit. *kēptas* como en lat. (*re*)lictus = lit. *liktas*, etc.⁴², y un grado pleno tanto en gr. Ζῦθος, lat. *aes* (gót. *aiz*) como en gr. μένος, lat. *genus*, etc.⁴³ y este tipo de equivalencia morfológica, distinto de la identidad fonética, es susceptible de ir renovando sus formas con el curso del tiempo: cf. el vocalismo *a* del nuevo grado cero en lat. *fractus*, *grass-* (cf. *grassāri*), *nactus*, *ratus*,

etc.⁴⁴, extendido también a otras lenguas indoeuropeas, como el celta, por ejemplo⁴⁵.

La identidad puede incluso no ser ni fonética ni morfológica, sino que se reduce a una coincidencia en la distribución: lo que es idéntico son las casilla mismas –no me atrevo a llamarlas tagmemas– independientemente del contenido o, al menos, con una gran autonomía respecto a él. Tiene sin duda significación el fenómeno de suplección que hallamos en cast. ant. *vo(y)*, *vas*, *va*, *imos*, *ides*, *van*, fr. *vais*, *vas*, *va*, *allons*, *allez*, *vont*, y de modo parecido en otras lenguas románicas⁴⁶, aunque evidentemente no se puedan igualar *imos*, *ides* y *allons*, *allez*, de muy distinta procedencia (de antiquísimo linaje los primeros y advenedizos de origen discutible y discutido los segundos).

En este caso, desde luego, conocemos no sólo la distribución irregular, sino también su razón, que es la misma que señaló Wackernagel para la presencia del aumento en terceras personas de aorismos armenios como *eber*, *egit*, *elik* (cf. hom. ἔφη / ῥατο, etc.): el condicionamiento de la forma de una palabra por su cuerpo o volumen (“Wortumfang”). Pero tales distribuciones irregulares son también significativas, como enseñó repetidamente Meillet, cuando las causas son ajenas al plano de la expresión: así en lat. *ferō* / (te)*tulī*, frente a gr. φέρω / ἤνεγτ–, ἐνηνετ–, o en arm. *utem* / *keray*, frente a gr. ἔδ– / ἔφαγον, etc.

Cada día prevalece más la idea de que distribución sola no es fundamento suficiente para la descripción adecuada de un estado de lengua, pero la insistencia en la distribución, característica sobre todo de la lingüística norteamericana pretransformativa posterior a Bloomfield, aparte de que ha dado el relieve debido a los aspectos directamente observables del lenguaje, de modo que en adelante ya no es posible el recurso ingenuo a la introspección, ha prestado indirectamente un gran servicio a la reconstrucción que, por su misma naturaleza, depende de la forma mucho más que la descripción. Hay ya algunos excelentes ejemplos de utilización de la distribución, en particular de la complementaria⁴⁷, en la reconstrucción y en la demostración de parentescos⁴⁸.

1.13. Aun a riesgo de divagar, creo que no será una pérdida de tiempo hacer aquí un inciso sobre una cuestión que toca también a la distribución y que no es más que una reflexión explícita sobre algo que, como tantos otros

45. Véase el esquema de la evolución de los verbos célticos primarios en *a* (tipo irl. ant. *anadid*, ind. ant. *āniti*; galés *malu*, lit. *māliti*, ruso *molólt'*, etc.) en WATKINS, *Indo-Eur. Origins*, p. 185 ss.

46. G. ROHLFS, *Diferenciación léxica de las lenguas románicas*, Madrid 1960, p. 52 ss.

47. En esto se basa la convincente demostración de WATKINS, *Indo-Eur. Origins*, p. 124 ss., de un origen común, en céltico, del subjuntivo en *s* y de los aoristos en *t* y *s*.

48. Me refiero especialmente a Karl V. TEETER, “Algonquian Languages and Gnetic Relationship”, *Proceedings of the Ninth Int. Cong. Of Ling.*, p. 1026-1034, trabajo al que vuelvo más adelante.

puntos de la metodología comparativa, es práctica conocida y bien establecida desde hace mucho tiempo.

Más abajo (§ 1.3. ss.) se han mencionado algunas similitudes entre la reconstrucción lingüística y la crítica textual: a nadie se le oculta tampoco el paralelismo que existe entre las innovaciones lingüísticas, aisladas o compartidas, y los errores, *singulares* o *coniunctiui*, de la tradición manuscrita.

En ambas disciplinas puede suceder que en casos determinados el número y autoridad de los testigos presumiblemente independientes y opuestos entre sí no permita tomar una decisión. Entonces hay que restituir la “lección” original con argumentos probabilistas o, lo que es lo mismo, hay que intuir el nexo causal que une las variantes y de éstas se elige aquélla de la cual se sigue la otra u otras con mayor facilidad, como por la línea de máxima pendiente.

Así nadie duda de que la *-d* común a nombres y pronombres neutros en licio, lengua que por otra parte aparece aislada a este respecto en la misma Anatolia, es una innovación frente a *-d* en los pronombres, *-m* / *-Ø* en los nombres, común a las demás lenguas; también parece haber acuerdo en que *-d*, limitado al ablativo sing. de los temas en *-o* en védico y en general en indio antiguo. (*-ād*), representa la distribución original, frente a la generalización de *-d* al ablativo de toda clase de temas en vocal que se da en itálico, con paralelo en el avéstico reciente⁴⁹, o al genitivo-ablativo sincrético en **-ōd* de los temas en *-o* balto-eslavos (lit. *vilko*, esl. ant. *vl̥ka*)⁵⁰.

1.14. Un problema mucho más complicado, aunque también mucho menos familiar, es el de las desinencias de 1ª y 2ª personas, sing. y 2ª pl., del “perfecto” semítico. Es opinión generalizada que se debe partir, para explicar las distribuciones históricas, de sufijos de esta o parecida forma, sin tener en cuenta las posibles diferencias de cantidad vocálica⁵¹:

| | <i>Sing.</i> | <i>Pl.</i> |
|---------------|--------------|-----------------|
| 1ª pers. | <i>-ku</i> | — |
| 2ª pers.masc. | <i>-ta</i> | <i>-tumu</i> |
| 2ª pers. fem. | <i>-ti</i> | <i>-tin(n)a</i> |

Ésta es en realidad, por lo que hace al consonantismo inicial, la distribución que hallamos en acadio: *-ku*, *-ta*, *-ti*, *-tunu*, *-tina*. En árabe y semítico del noroeste, tenemos *-t* extendido a todos los sufijos, mientras que en etióp-

49. STOLZ-LEUMANN, *LATEINISCHE GRAMMATIK* I, p. 274 s. Para las relaciones entre genitivo y ablativo, véase KURYLOWICZ, *The Inflectional Categories of Indo-European*, Heidelberg 1964, p. 190 y 194 s., *Proceedings of the Ninth Int. Cong. of Ling.*, p. 18 s.

50. Téngase presente, para el valor de ablativo, el empleo de este caso con preposiciones como esl. ant. *ot*, ruso *ot* ‘de, desde’: cf. gr. *ἀπό*, *ἐξ*, más genitivo.

51. Cf. B. SPULER, en *Handbuch der Orientalistik*, 2, 1, 3, p. 11 s.; S. MOSCATI, *An Intr. to the Comp. Grammar of the Semitic Languages*, p. 102 ss. y 137 ss. El sufijo de 1ª pers. pl. no ofrece particular dificultad, ya que presenta *-n* en todas partes.

pico y sudarábigo (moderno) se ha generalizado, por el contrario, *-k-*. Pero, para la nasal interior de los sufijos de 2ª pl., se ha considerado original la diferencia masc. *-m-* / fem. *-n-*, apoyada, es cierto, por la mayoría de testigos, frente a la igualdad (*-n-*) del acadio; otro tanto cabe decir del timbre de la primera vocal (*-u-* / *-i-*). Y, aunque evidentemente han pesado otros testigos que los que aquí se han aducido (en primer lugar, los pronombre personales autónomos y sufijos en esas lenguas), se diría que, de una manera general, se considera que la distribución más improbable, por más irregular, es la que tiene mayores derechos a ser tenida por primitiva. O dicho de otra manera, es la *lectio difficilior* la que se toma por fuente y origen de las *faciliores*.

Pero, en el pronombre autónomo y sufijo de 3ª pers., la distribución más improbable, *h-* para el masculino y *š-* para el femenino, sólo se propone como mera posibilidad: bien es verdad que no la apoya directamente ningún testimonio, pues tenemos *š-* generalizado en acadio (posesivos, sing. 3ª masc. *-šu*, fem. *-ša*; pl. masc. *-šunu*, fem. *-šina*) y *h-* en las demás lenguas.

1.15. En lingüística descriptiva, hoy todo el mundo —es decir, todas las personas informadas— es estructuralista, en mayor o menor grado, de una u otra tendencia, según un estilo u otro, en el campo de la segunda articulación: a quien se ha rozado con la fonología no le es posible volver intacto a puntos de vista prefonológicos. Tenemos, pues, aquí una conquista permanente —*χτῆμα εἰς αἰεί*, como solía decir Ortega— de la lingüística sincrónica, que podrá ser afinada y hasta superada, pero nunca abandonada o desechada⁵². Y, además de su propio valor en su dominio propio, se nos aparece como un modelo para el estudio, mucho más complejo, de las unidades de doble cara de la primera articulación, donde los puntos de vista estructuralistas están lejos de haberse impuesto todavía de un modo tan general como en el plano de la expresión⁵³.

No es muy distinto lo que ocurre en lingüística diacrónica aunque aquí el estructuralismo haya llegado con algún retraso. La fonética histórica se ha convertido en fonología diacrónica: no hay más que recordar la amplia y profunda influencia que ha ejercido y ejerce, por citar el ejemplo más señalado, la *Économie des changements phonétiques* de A. Martinet.

52. Habría que añadir, sin embargo, para ser preciso, que la gramática transformativa, al menos en alguna de sus versiones, no tiene reparos en negar la autonomía de un nivel fonológico, entre el morfológico y el fonético: véase N. CHOMSKY, "The Logical Basis of linguistic Theory", *Proceedings of the Ninth Int. Cong. of Ling.*, p. 914-1.008, en especial p. 964 ss. (no dispongo del libro posterior, versión revisada de esta ponencia). Pero no hay que olvidar que, como dice Coseriu, y me refiero a una comunicación oída en el III Congreso Esp. de Estudios Clásicos, la gramática de Chomsky toma en consideración los aspectos constitucional y relacional de la lengua, pero no su aspecto funcional.

53. Véase, por ejemplo, la disparidad de las opiniones reunidas en "La notion de neutralisation dans la morphologie et le lexique", *Travaux de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris* 2 (1957).

También aquí, sin embargo, la evolución de los sistemas morfológicos es mucho más compleja que la de los fonológicos y la reconstrucción de los signos depende esencialmente, como ya se ha indicado (§ 1.12.), de la reconstrucción de los significantes.

Esbozos de teoría de las oposiciones significativas⁵⁴ han sido adaptadas a la diacronía o ideadas para ella⁵⁵. La hipótesis de una correlación entre marca formal y término marcado de una oposición significativa, hipótesis probables en términos estadísticos⁵⁶, ha sido aprovechada sistemáticamente en la reconstrucción⁵⁷.

1.16. Esta correlación o paralelismo está evidentemente en conexión con el concepto, más ambicioso y más discutido, del isomorfismo entre los planos de la expresión y del contenido o, en términos más generales, entre distintos niveles de organización lingüística. No creo injusto afirmar que, en el terreno de la reconstrucción, Kuryłowicz ha llevado su aprovechamiento más lejos que ningún otro⁵⁸: su obra constituye así quizá la derivación más interesante de ideas básicas de Hjelmslev, Brøndal (cf. *Acta lingüística* 6 (1950-51), p. 100 ss., reseña de *Les parties du discours*) y la escuela danesa, bien que desarrolladas de manera muy independiente. Es digna de señalarse esta fecundidad en campo ajeno de ideas que en el propio, el de la descripción, parecen haber sido poco fértiles, en la práctica naturalmente, dejando a salvo su valor teórico.

Kuryłowicz parte siempre, y es en esto un estructuralista total, de sistemas, mayores o menores, que contienen en sí el germen y el condicionamiento de los sistemas posteriores, sin perder nunca de vista el conjunto por el detalle. Lo es también por su decidida defensa de la autonomía de la lin-

54. Cf. Martin S. RUIPÉREZ, *Estructura del sistema de tiempos y aspectos del verbo griego antiguo*, Salamanca 1954.

55. F. R. ADRADOS, Gramaticalización y desgramaticalización, Miscelánea homenaje a A. Martinet. *Estructuralismo e historia*, III, Univ. de la Laguna 1962, p. 5-41. Cf. *Evolución*, p. 55-87.

56. M. S. RUIPÉREZ, *Emerita* 20 (1952), p. 8-31.

57. Cf. A. MARTINET, "Linguistique structurale et grammaire comparée", *Travaux de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris* 1 (1956), p. 1-15.

58. Cf. MILKA IVIC, *Trends in Linguistics*, La Haya 1965, p. 150, nota 29 (a propósito de la acentuación eslava o indoeuropea). Véase la ponencia de KURYŁOWICZ, On the Methods of Internal Reconstruction, *Proceedings of the Ninth Int. Cong. of Ling.*, p. 9 ss, especialmente p. 27: "It is necessary to draw attention to the notion of isomorphism which, although criticized, seems to be of considerable methodical importance and utility. The argument that the so-called "pleremes" are by far more numerous than the "cenemes" and that the structures and combinations of the former are more complicated and practically indefinite in comparison with those of the latter—in addition to the argument that there cannot be a real parallelism between "expression" and "content" because contents is the goal where a expression is only an implement—does not in our opinion prove the lack of parallelism between the different strata of the language, some of them richer and others poorer in possibilities". El carácter central de este punto justifica, creo, lo largo de la cita. Para la práctica de Kuryłowicz en su forma más reciente y completa lo mejor será remitir a *The Inflexional Categories of Indo-European*.

güística, incluso de la diacrónica, ya que para él “reconstrucción interna” es, a fin de cuentas, “reconstrucción puramente lingüística”. Y, por mucho que el detalle de sus razonamientos pueda prestarse a discusión alguna vez —o muchas—, ha introducido o elaborado, en la lingüística diacrónica en general y en la reconstrucción en particular, conceptos de primera importancia, tanto teórica como práctica: identificación, polarización, diferenciación, el *rapport de fondation* (formal, funcional y formal y funcional a la vez), la jerarquía de variantes, paralela a la jerarquía de formantes y funciones, primaria y secundaria, de un morfema, etc.⁵⁹.

1.17. Alguna vez se han expresado reparos importantes acerca de la validez de esquemas de evolución presentados poco menos que con el carácter de normas universales del devenir lingüístico⁶⁰. En efecto, no deja de parecer audaz que, cuando todavía siguen oscuras la líneas de la evolución fonológica, aunque estamos familiarizados con algunas de sus vías más frecuentes, Kuryłowicz nos hable —con una convicción que nos infunde viva alegría, ya que no plena certeza— de “ciertas leyes pancrónicas de cambio funcional”, fundamentales para la reconstrucción (adverbio → caso “concreto” → caso “gramatical”, colectivo → plural, iterativo → pres. durativo → pres. general o indeterminado, etc.), o de “ciertos universales que rigen la evolución de morfemas, universales cuya existencia debe ser reconocida a causa de las pruebas empíricas cada vez más abundantes”⁶¹.

Es evidente, a mi modo de ver, que, puesto que nos movemos en el terreno de la experiencia y no en el de las condiciones *a priori*, la prueba debe también ser empírica y por esto debemos gratitud a Kuryłowicz por haber reunido y puesto a la disposición de todos un cuantioso acervo de ejemplos de evolución morfológica, tomados de lenguas muy distintas, aunque casi siempre indoeuropeas (o semíticas). Porque, sí es cierto que un especialista en fonología puede llegar a dominar materiales de centenares de lenguas distintas⁶², difícilmente puede ocurrir lo mismo en morfolología, donde se precisa un conocimiento profundo, y a veces muy profundo, de cada una de las lenguas consideradas.

Es también mérito incuestionable de Kuryłowicz, porque no siempre se ha tomado la misma precaución, el distinguir cuidadosamente la historia documentada de la prehistoria reconstruida, ya que en sus estudios las etapas de la evolución prehistórica supuesta, que aspiran a la “verdad estructural”

59. Cf. E. BENVENISTE, *BSL* 53 (1957-58), p. 46-50 (reseña de *L'apophonie*), y 56 (1961), p. 47 s. (reseña de *Esquisses linguistiques*).

60. Cf. ADRADOS, *Evolución* p. 59. Cf. también WATKINS, *Language* 34 (1958), p. 381-398 (reseña de *L'apophonie*).

61. *Proceedings*, p. 29 y 30, respectivamente.

62. *Proceedings*, p. 11. Pero Trubetzkoy o Hockett, por ejemplo, se han atenido a la descripción de sistemas fonológicos, sin entrar en su evolución. Me parece, pues, por lo menos aventurado creer que nadie esté iniciado en la fonología diacrónica de centenares de lenguas, cuando para tantas está todavía por hacer.

de Benveniste, están apoyadas en evoluciones reales, dotadas de “verdad histórica”, pero no apoyan a su vez a nada. ¿Cómo podrían sostener nada, si son ellas mismas las que necesitan soporte?

1.18. Para resumir mi punto de vista, habría que partir de dos axiomas, que parecen estar más allá de toda posible discusión. El primero es que todo lo que es real es *eo ipso* posible y el segundo, que la riqueza combinatoria de la realidad es no sólo mayor, sino de un orden de magnitud inconmensurable con la capacidad combinatoria de la imaginación humana más rica.

La hipótesis de un acento inicial en Latín en época pre- o protohistórica, ideada para explicar las alteraciones del vocalismo en sílaba interior, encuentra claro apoyo en hechos germánicos y célticos; la distribución de la aspiración en algunos dialectos vascos, arcaizantes a este respecto, explicable por un acento “columnal” en la segunda sílaba de la palabra, salvo excepciones en general bien clasificadas, tiene el apoyo de la distribución de *h* en galés, antes y después del retroceso del acento de la última sílaba (antigua penúltima) a la penúltima⁶³. La reducción seguida de pérdida o vocalización plena de *i-e* **e* en posición débil puede aducir en su favor el proceso histórico de los *jers* eslavos⁶⁴; nom. *trtrtrt* > ruso *trot*, gen. *trtrta* > ruso *torta*, etc.⁶⁵. No es que, a la inversa, todo lo posible haya de ser también real, pero una explicación que se mueve dentro de la posibilidad empírica y cuyo grado de verosimilitud puede incluso ser establecido es preferible a una construcción que sólo cuenta con una plausibilidad interna... y subjetiva.

Cabría pensar en la ayuda que la reconstrucción pudiera recibir de los estudios tipológicos, pero la tipología estática o sincrónica misma se encuentra, como se sabe, a un nivel no demasiado elevado y aquí tendríamos necesidad de una tipología diacrónica o dinámica. La conocida ponencia de Jakobson⁶⁶ no puede decirse que abra nuevos horizontes. Necesitaríamos “leyes de implicación”, expresiones de la jerarquía de los hechos lingüísticos, pero las que cita se refieren únicamente a la fonología y no podemos contentarnos con ella⁶⁷. Su mayor aportación parece consistir en la inverosimilitud de ciertas reconstrucciones y muy en particular la del sistema indoeuropeo con una sola vocal y oclusivas sonoras aspiradas sin sordas que se les opon-

63. Véase mi *Fonética histórica vasca*, San Sebastián 1961, p. 405 ss.

64. Cf. KURYLOWICZ, *L'apophonie*, p. 97 ss.

65. Cf. HERBERT BRÄUER, *Slavische Sprachwissenschaft* I, Berlín 1961, p. 111 ss.

66. Ahora en *Selected Writings* I, 's-Gravenhage 1962: Typological Studies and their Contribution to Historical Comparative Linguistics, p. 523-532.

67. No se ha interrumpido nunca la corriente, un tanto marginal, de publicaciones consagradas a la tipología. De “leyes de implicación” se ocupa, por ejemplo, aunque no use la denominación, Ernst LOCKER, “Développement et décomposition du type des langues indo-européennes”, *Kultur und Sprache*, p. 415-425. Del círculo de Ernst Lewy procede el libro de H. WAGNER, *Das Verbum in den Sprachen der Britischen Inseln*, Tubinga 1959.

gan. A pesar del largo eco que han tenido estas consideraciones⁶⁸, se podría objetar que la notación de una reconstrucción a gran escala (véase abajo, § 1.2. s.) tiende, por imposición de las circunstancias, a ser algebraica más que minuciosamente fonética y que no hay en ello mayor daño, si se la toma como lo que es: hasta hay quienes piensan que es mejor que sea así.

1.19. En todo caso, vuelvo a insistir, necesitaríamos una tipología que fuera algo más que un catálogo ordenado de sistemas fonológicos. Precisamos una que abarque todos los niveles de la estructura lingüística y, para la reconstrucción, un esquema de las posibilidades de evolución de los tipos y sus líneas de mayor frecuencia. Esto es lo que promete ser la teoría del tipo lingüístico de Coseriu⁶⁹, concebido como conjunto de posibilidades más amplio que el sistema, más rico en virtualidades, pero no abierto a cualquier evolución.

Pero por ahora, dentro del terreno inmediatamente empírico, cabe señalar que nuestra experiencia, en materia de evolución lingüística, adolece de graves limitaciones. Sabemos, por ejemplo, de tiempos simples (*haré*, etc.) a partir de formas compuestas, de posposiciones que se han convertido en desinencias casuales (vasc. *-rekin* 'con', etc.), por una soldadura endurecida con el tiempo que ya no admite ninguna "tmesis"; sabemos también de muchas lenguas que en el curso de su historia han reducido o perdido el género, etc.

El georgiano, por citar otro ejemplo, conoce hoy dos tipos de formación del plural, uno regular, puesto que el tema de pl. se declina lo mismo que el de sing.; en el otro, en cambio, hay una marcada asimetría entre los dos números. Así, de *k'aci* 'hombre', tenemos:

| | <i>Sing.</i> | <i>Pl.¹</i> | <i>Pl.²</i> |
|--------|-------------------|------------------------|------------------------|
| Nom. | <i>k'ac-i</i> | <i>k'ac-eb-i</i> | <i>k'ac-ni</i> |
| Gen. | <i>k'ac-is(a)</i> | <i>k'ac-eb-is(a)</i> | <i>k'ac-t(a)</i> |
| Dat. | <i>k'ac-s(a)</i> | <i>k'ac-eb-s(a)</i> | <i>k'ac-t(a)</i> |
| Ergat. | <i>k'ac-ma</i> | <i>k'ac-eb-ma</i> | <i>k'ac-t(a)</i> |

El primer plural es hoy el normal y general, mientras que el segundo se mantiene en restos, en usos especializados, lo cual sería ya indicio de su mayor antigüedad: esta suposición queda ampliamente confirmada, de otra parte, por la larga historia de la lengua⁷⁰. Pero lo que ahora nos interesa es que en otras dos lenguas, indoeuropeas éstas, de la "liga"⁷¹ lingüística caucá-

68. Uno de los últimos ecos en W. SIDNEY ALLEN, *On One-Vowel Systems*, *Lingua* 13 (1965), p. 111-124.

69. Me refiero a su comunicación al XI Congreso Intern. de Lingüística y Filología Románicas (Madrid, 1965) que he podido después leer por amabilidad del autor.

70. Cf. G. A. KLIMOV, *Sklonenie v kartvel'skix jazykax v sravitel'no-istoriceskom aspekte*, Moscú 1962, p. 8 ss.; *Etmologiceskij slovar' kartvel'skix jazykov*, p. 78.

71. Es decir, *sojuz, Bund*.

sica, el armenio y el oseta, se ha cumplido el mismo proceso. Es decir que en todas ellas se ha dado el mismo abandono de lo que E. Lewy llama *Formvariation*, regularizándose la declinación por disociación de morfemas: $f(\text{número} + \text{caso}) \rightarrow f_1(\text{número}) + f_2(\text{caso})$. En armenio mod., tenemos nom. sing. *hay* 'armenio', gen.-dat. *hay-u*, abl. *hay-ē*, nom. pl. *hay-er*, gen.-dat. *hay-er-u*, abl. *hay-er-ē*, con el nuevo morfema de pl. $-(n)er^{72}$, frente a ant. *ban* 'palabra', *ban-i*, *ban-ē*, pl. *ban-k*, gen. -dat. -abl. *ban-is*, etc. El oseta forma el pl. de idéntica manera (sing. nom. *saer* 'cabeza' gen. *saery*, dat. *saeraen*, etc.; pl. *saertae*, *saerty*, *saertaen*, etc.)⁷³.

Pero, volviendo a lo que arriba se ha apuntado, si poseemos buena documentación histórica de esta y otras modificaciones de sistemas morfológicos, carecemos de experiencia de otros procesos. Así, que yo sepa, jamás se ha asistido al nacimiento de la categoría de género y mucho menos al de una flexión tan compleja, nominal y verbal, como la indoeuropea. Hay abundantes casos de alternancia, vocálica y consonántica, en muy diversas lenguas, dependientes todavía del condicionamiento fonético o que muestran claramente una dependencia anterior⁷⁴, pero una apofonía como la indoeuropea y todavía más la semítica presentan una riqueza y complejidad que exceden de lo que la historia conocida de las lenguas, al parecer demasiado breve, nos permita documentar⁷⁵.

1.20. Una reflexión sobre las relaciones entre la comparación externa y la reconstrucción interna en el escalón más alejado —no la que se ocupa de la cronología relativa de hechos intermedios entre dos estados de lengua, reconstruidos o atestiguados— nos lleva a la conclusión manifiesta de que los resultados de aquélla son los fundamentos que sirven a ésta de punto de partida. Los arcaísmos residuales (como *es* / *son*, al. *ist* / *sind*, ruso *est'* / *sut*, etc.) son el apoyo más sólido de la reconstrucción comparativa, como tantas veces enseñó Meillet, y no las formas que pertenecen a clases productivas hasta época tardía; demuestran el parentesco genético de las lenguas indoeuropeas y sus protoformas pueden ser asignadas a un estado de lengua que tenemos derecho a llamar indoeuropeo, puesto que su base es indoeuropea común. De igual manera, la heteroclisia, la distribución irregular de las desinencias cero, *-m* y *-d* en el nom. -acus. sing. de nombres y pronombres neutros, que

72. H. PEDERSEN, *The Discovery of Language* (= *Linguistic Science in the Nineteenth Century*), Bloomington 1962, p. 246; SOLTA, *Handbuch der Orientalistik* 1, 7, p. 101 ss. Para el número en armenio, cf. A. MEILLET, *Études de linguistique et de philologie arménienes* I, Lisboa 1962, p. 123 ss.

73. Cf. V. I. ABAEV, *A Grammatical Sketch of Ossetic*, Bloomington 1964, p. 12 ss.

74. Algunos ejemplos están reunidos en *Lenguas y protolenguas*, p. 44 ss.

75. Las alternancias vocálicas, o mejor apofonía, de las lenguas kartvélicas (cf. H. VOGT, "Alternances vocaliques en géorgien", *Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap* 11 (1939), p. 118-135), que recuerdan mucho las indoeuropeas, han sido sistematizadas y pueden utilizarse en la reconstrucción, gracias sobre todo a trabajos recientes de T.V. Gamkrelidze y G.I. Macavariani, pero su origen sigue estando bastante oscuro.

se repite fielmente en hitita⁷⁶, son indoeuropeas, hito final y firme de la reconstrucción comparativa.

Pero nos queda aún el recurso a la última instancia, la reconstrucción interna. Pues la materia prima que ésta elabora son la irregularidades (**es-* / *s-*, **-e/onti* / *-ti*, av. *pantā-* / *pa-*⁷⁷, etc.) y su producto, las regularidades anteriores a que trata de reducirlas y el análisis de los hechos brutos de la comparación (**-ti*, *-toi*, etc., = **-t* + *-i*, *-to* + *-i*, etc.).

Por la comparación obtenemos formas reales, al menos aproximadamente, y sistemas ideales, más o menos fragmentarios⁷⁸ de una protolengua, referida no a un momento, sino a toda una época comprendida entre los arcaísmos analizables y las últimas innovaciones prehistóricas comunes⁷⁹. Todavía, con todo, nos movemos dentro de una cierta sistematicidad, al menos intencional, reflejo atenuado, pero reflejo, de la sistematicidad de las lenguas reales. Más arriba, sin embargo, la reconstrucción nos lleva generalmente a elementos aislados y sueltos. Sin duda estaban integrados en sistemas anteriores, pero es muy poco, si hay algo, lo que podemos saber de ellos. La comparación nos lleva a postular temas heteróclitos en *-e* / *-n* y es natural pensar que se deben a la integración de temas diferentes en un mismo paradigma, pero, ¿qué nos dice esto de su posición respectiva en un estado de lengua anterior?

A esto equivale la razonable advertencia de Kuryłowicz⁸⁰ de que la aparición, al nivel de la reconstrucción, de una categoría morfológica (pl., fem., etc.) no pasa nunca de ser una conjetura, ya que lo que queda a nuestro alcance son los formantes que servían para su expresión y nunca se podrá demostrar si éstos, los más antiguos que descubrimos, fueron en realidad los primeros exponentes de esa categoría⁸¹. Porque en la historia como en la prehistoria, en la realidad como en la reconstrucción, todo estado de lengua procede de otro estado de lengua, un sistema estructurado de otro sistema también estructurado.

1.21. Para determinar esta parte, permítaseme tocar con la mayor brevedad una nueva técnica, casi un proyecto todavía, que apunta ahora en la re-

76. De ello me he ocupado en una comunicación (Aspecto formal de la oposición nominativo/acusativo) al III Congr. Español de Estudios Clásicos.

77. Cf. K. HOFFMANN, *Handbuch der Orientalistik*, 1,4, p. 15.

78. Cf. E. COSERIU, *Sincronía, diacronía e historia*, Montevideo 1958, p. 58, nota 59.

79. Palabras de Kuryłowicz tomadas como lema por WATKINS, *Indo-Eur. Orig.* p. 9.

80. KURYŁOWICZ, *Proceedings of the Ninth Int. Cong. of Ling.*, p. 27 s.

81. En la reconstrucción, como se sabe, existe una gravísima acusación, la de hacer glotonía, que uno intenta evitar y acaso a veces cargar sobre espaldas ajenas. Las especulaciones de Kuryłowicz, *The Infl. Cat.*, p. 209 ss., acerca de la distribución de los formantes de nom. y acus. animado y neutro, precedente y explicación de la que comprueba la comparación, aludida arriba, son, si no glotónicas en el sentido que él da a la palabra —puesto que se refieren a índices, no a categorías—, por lo menos muy aventuradas. Esa distribución es posible, como muchas otras, pero, ¿es por ello no ya segura, sino más probable que cualquier otra?

construcción. Me refiero a la semejanza, señalada arriba (§ 1.10.), entre la técnica de la reconstrucción lineal y la novísima gramática transformativa, aunque tenga ya raíces en Pāṇini, cuya difícil concisión ya no es mirada con el aire de superioridad —mezclada, eso sí, de admiración— con que la veían algunos occidentales a fines del siglo pasado y principios del actual: cf., por ejemplo, Arthur A. Macdonell, *A. Sanskrit Grammar for Students* 3, reimpr. 1962, p. x ss. Siempre nos es difícil, cuando estamos acostumbrados a movernos dentro de un determinado círculo de ideas y técnicas, aunque estas sean relativamente nuevas, hacer el esfuerzo necesario para adquirir el conocimiento, elemental o profundo, de otras de aparición más reciente. Es natural, por eso, que los comparatistas, con la señalada excepción de Kuryłowicz, no se hayan preocupado demasiado de la gramática generativa, todavía en embrión: no es nada que aparentemente tenga que ver con la comparación o con la reconstrucción, aparte de la difusión que tiene el concepto —radicalmente erróneo— de que la gramática transformativa tiene más que ver con el lenguaje de las máquinas que con el lenguaje humano.

Hay, sin embargo, un trabajo todavía reciente de Karl V. Teeter⁸² que sí tiene que ver con la diacronía. Los hechos que representa, aunque de mayor interés, no difieren en naturaleza de muchos otros que los comparatistas conocen y vienen utilizando hace mucho tiempo: son dos notables coincidencias entre el wiyot, lengua de la costa de California, con las lenguas algonquinas y, en particular, con su grupo central, estudiado desde el punto de vista comparativo por Bloomfield⁸³, coincidencias que a todas luces bastarían para demostrar el parentesco genético.

Lo que hay de novedad es el punto de vista desde el cual juzga Teeter la coincidencia, que es una coincidencia de “reglas”: “Sólo podemos construir una gramática comparada —escribe— sobre las semejanzas que sean lo bastante contextualizadas para excluir que procedan de universales”. Hay en esta frase, expresión renovada de una antigua verdad, dos palabras sobre las que conviene detenerse. En primer lugar, “gramática (comparada)”, denominación un tanto caída en desuso últimamente, que ahora reaparece como término de vanguardia; en segundo, la “profundidad” de las reglas, puesto que la gramática se concibe como un conjunto *ordenado* de reglas. Las excepciones y anomalías en que se basa la reconstrucción comparativa son, en esta concepción, reglas profundas, en otras palabras antiguas.

1.22. El mismo autor ha vuelto sobre el tema en un artículo posterior⁸⁴. Combate, claro está, la concepción de la gramática como inventario de elementos y no como un sistema ordenado de reglas: las palabras se aprenden, pero las reglas gramaticales se inventan. El parentesco genético es el resultado de un desarrollo divergente a partir de una lengua común, divergencia

82. Véase arriba, nota 48.

83. Cf. abajo, nota 4.

84. Lexicostatistics and genetic relationship, *Language* 39 (1963), p. 638-648.

que es el resultado de la adición de nuevas reglas a la gramática de ésta: como algunas reglas han tenido que perderse y sus efectos se han borrado, la reconstrucción tendrá que ser por necesidad incompleta⁸⁵.

Naturalmente, esta "profundidad", corolario del carácter ordenado de las reglas, no ha de tomarse en el sentido trivial, bien conocido de los neogramáticos, de que las transformaciones fonológicas han de realizarse a veces en un orden determinado. Así, como enseña Menéndez Pidal en *collocat* > *cuelga*, etc., la alteración de la oclusiva anterior, por lo mismo que se produce en posición intervocálica (cf. *puesto postu*, no de *positu*!), debe preceder a la pérdida de la postónica, mientras que en *collocat* > fr. *couche*, al invertirse el orden, el proceso de sonorización no ha podido llegar a verificarse⁸⁶. Se podría pensar en procesos de mayor generalidad, por ejemplo en modificaciones en la posición del acento. En latín tendríamos, a título de ilustración y sin la menor intención polémica, 1) acento libre, 2) acento inicial, 3) posición del acento determinada por la cantidad de la penúltima, 4) acento de nuevo libre aunque limitado prácticamente a la penúltima y antepenúltima sílabas y más adelante a las tres últimas. En cada una de las etapas, la nueva regla sustituye y borra la anterior no se la superpone, excepto tal vez en 4) que no supone cambio mayor de posición respecto a 3): lo que ha desaparecido es el condicionamiento de la posición por la cantidad de la penúltima sílaba.

Si hacemos depender metafonía y síncope de un acento inicial, también a título de ilustración, la alteración del vocalismo en sílaba interior, en cuanto a proceso lineal y sin tener en cuenta sus extensiones o restricciones posteriores, habría de ser introducida después de 2) y antes de 3). Del mismo modo, la ley de Verner en germánico, con su identificación de $\tilde{d} < *t$ en sílaba interior con $\tilde{d} < *dh$, etc., en toda posición⁸⁷, habría de situarse después de 1) (acento libre) y antes de 2) (acento demarcativo en inicial de morfema).

Una objeción de principio a esta técnica —que, recordémoslo, no ha sido aún sometida a prueba— se presenta naturalmente. Las reglas de una gramática generativa son reglas ordenadas: ¿significa esto que su ordenación corresponde unívocamente a la realidad, no es más que el reflejo de la ordenación

85. Si cada cambio supone la adición de una nueva regla, se llegaría con el tiempo —y ha habido mucho tiempo disponible— a la acumulación de un número indefinidamente grande de reglas, cosa poco razonable: la reestructuración supone, pues, la abolición de reglas anteriores o al menos su integración parcial o total a la nueva. Según una idea inédita de Paul M. Postal, la gramática de los adultos cambia por adición de reglas, pero éstas no pueden sumarse más que en número muy reducido. La nueva generación, sin embargo, construye la gramática más simple posible compatible con los datos que adquieren. Esta gramática podría ser bastante distinta de la de los adultos, y generar sin embargo aproximadamente los mismos textos.

86. Obsérvese que de las cuatro reglas que resumen el cambio de *collocat* a *cuelga* —simplifico algo y aun mucho—, $\alpha_i > ue$, $\alpha_i > ue \emptyset$, $-c- > -g-$ y $-t > -\emptyset$, hay dos, la primera y la cuarta, que no aparecen ordenadas en relación con las demás.

87. Cf. KURYLOWICZ, *Proceedings of the Ninth Int. Cong. of Ling.*, p. 11 s.

misma de las reglas de la lengua? ¿No es acaso más cierto que la ordenación en la gramática es dentro de amplios límites arbitraria y determinada por el deseo de buscar en cada caso la solución más simple y acaso también la más elegante?

II. ANATOLIO O INDOEUROPEO

2.1. Aparte de todos los cambios en concepto y método por importantes que estos hayan sido —y bastante se ha hablado de esto en la primera parte de este trabajo—, han sido más que nada los nuevos testimonios los que han determinado el abandono del indoeuropeo brugmanniano y su sustitución por esbozos y tentativas, más ricas y matizadas sin duda, más respetuosas también con los niveles cronológicos, pero que por ello mismo no ha llegado a integrarse todavía en una imagen unitaria y comprensiva y, sobre todo, no han llegado a conseguir un consenso mayoritario.

Sin menospreciar el valor del testimonio de las lenguas menores —por mal conocidas—, como el venético, el ilirio (es decir, las inscripciones mesapias y onomástica de la otra orilla del Adriático), el celtibérico y el hispánico occidental, etc., los recién llegados que han pesado decisivamente en el desarrollo de la investigación han sido, sin lugar a duda, el tocario en sus dos dialectos y el hitita y su cohorte de lenguas menores de Asia Menor, alguna —el licio— aparecida ya en el último cuarto de siglo pasado.

2.2. Es mejor que la entrada en materia vaya precedida de una discusión previa de orden metodológico. No es exactamente que los nuevos hechos, por no encajar en el marco forzado que se les imponía, hayan hecho saltar la construcción brugmanniana —traducible, como se sabe, a formulación laringalista— en lo que ésta tenía de más sólido, puesto que servía de fundamento a todo lo demás: la armazón fonológica. Prescindiendo de todo diagrama, arborescente o no (cf. arriba. § 1.3. ss.), es evidente creo, que nuevos testigos pueden obligar a cambiar el sistema de la protolengua, pero esto puede ocurrir de dos maneras, una mucho más radical que otra.

Supongamos que el nuevo testigo da fe de una fusión donde previamente había distinción. En este caso, no hay modificación alguna en la reconstrucción: se supone simplemente que el testigo es menos informativo a este respecto y la distinción se sigue manteniendo a nivel prehistórico. Si el tocario sólo tiene una serie de oclusivas y el hitita dos —o una sola, según las interpretaciones— por las tres series del griego etc., no hay nada que cambiar, puesto que ya contábamos con celta y baltoeslavo con $d < *d, *dh$, etc.

Tampoco hay modificación importante, puesto que ésta se reduce a simple adición, cuando el nuevo testigo da fe de un fonema o fonemas que han sido el único en conservar. Éste sería el caso del hitita con su h , o con su h y

*hh*⁸⁸, si pensáramos que el fonema o fonemas desaparecidos, no han dejado en éstas huellas indirectas que permitan su reconstrucción.

El caso sería el mismo que el de lat. *h*, perdido sin rastro en todos los romances y del cual no se halla rastro ni siquiera en los préstamos de tipo arcaico en lenguas célticas o en otras circunrománicas⁸⁹.

2.3. Pero el caso es distinto cuando entre el nuevo testigo y los antiguos las correspondencias se recubren parcialmente, se solapan o, si se prefiere así, hay *overlapping* entre ellas. Ahora, no solamente hay que modificar el sistema de la protolengua, sino que, establecido éste, no anula y absorbe el sistema previo y el sistema directamente conocido de la nueva lengua-testigo, sino que éstos se mantienen, ya que conservan su propio valor explicativo, como sistemas en un peldaño intermedio. No doy una interpretación, realista o idealista, a este hecho porque me interesa, por decirlo así, la física y no la metafísica de la reconstrucción: simplemente señalo que, desde el punto de vista metodológico es un hecho que nace de la misma necesidad interna del método.

Puesto que los experimentos mentales han sido siempre en suma saludables y no hay razones que impidan su multiplicación, propondremos uno más, particularmente claro, además de conocido. Supongamos que el protorrománico se hubiera reconstruido sobre una base parcial, como el protoalgonquino central de Bloomfield, y que más tarde hubieran aparecido o se hubieran utilizado el sardo de una parte y el rumano de otra, el vocalismo reconstruido, digamos, sobre el ibero- y galorrománico, más algunos dialectos italianos, sin perder el valor que tenía para explicar el vocalismo de éstos, quedaría subordinado a un sistema "anterior" en sentido metodológico⁹⁰, más rico en unidades y por ello más informativo. Lo mejor será presentar las correspondencias entre románico occidental y sardo⁹¹ y románico occidental y rumano de forma gráfica, que exime de todo comentario. Basta con recordar que el sistema occidental que aparece en los esquemas es reconstruido:

| | | | | | | | | | |
|--------|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| L. | ī | i | ē | e | ǣ | o | ō | u | ū |
| Occ. | i | | ɛ | ɛ | a | ɔ | | ɔ | u |
| Sardo. | | i | | e | a | | o | | u |
| Rum. | i | | ɛ | ɛ | a | | o | | u |

88. Se emplean en lo sucesivo, por razones de simple comodidad, *s* y *h* para hit. *ṣ* y *ḫ*. Las formas hititas se dan no en transcripción ("syllabic" o "broad") sino interpretadas. Cf. H. KRONASSER, *Etymologie der hethitisch en Sprache*, Wiesbaden 1962 ss., p. 10 ss.

89. Véase, del autor, "Románico y circunrománico: sobre la suerte de latín *ae*", *Archivum* 14 (1964), p. 40-60.

90. No sólo en este caso, ya que ahora disponemos de información adicional, extralingüística.

91. El vocalismo es, como se sabe, el mismo que reflejan los préstamos latinos más antiguos en vasco.

2.4. Volviendo a las nuevas lenguas indoeuropeas después de esta digresión, diría, si puedo fiarme de una impresión, que el conocimiento del tocario no ha aportado cambios verdaderamente profundos a la reconstrucción del indoeuropeo. En efecto, el aspecto de los dialectos tocarios, vuelvo a basarme en una impresión, no resulta sorprendente en conjunto dada la fecha de los textos (siglos VI-VIII de nuestra era) y el espacio lingüístico de que proceden.

El léxico, en primer lugar, resulta en conjunto familiar. Con la esperada cuota parte de arcaísmos mal apoyados hasta entonces y un número crecido pero no desconcertante de préstamos —además de los indios, naturales en versiones, otros componentes empiezan casi a ser estudiados ahora—, ofrece los numerales, nombres de parentesco, designaciones de partes del cuerpo, etc., tan difundidos en las lenguas indoeuropeas. Entre las raíces verbales son numerosos los antiguos conocidos: A B *āk-* (lat. *ago*), *i-* (lat. *eo*), *kām-* (lat. *uenio*, gót. *qiman*), A *klyos-*, B *klyaus-* (lat. *clueo*, irl. ant. *ro•cluínethar*), A B *luk-* (lat. *luceo*), A *malyw*, B *mely-* (lat. *molo*), arm. *malem*) A *mālk-* (lat. *mulgeo*, al. *melken*) A B *nāk-* (lat. *noceo*, véd. *nāśyati*, *nāśáyati*), *pāk-* (lat. *coquo*, véd. *pācati*), *pālk-* (lat. *fulg(e)o*, gr. *φλέω*), *pār-* (lat. *fero*, ruso *brat'*), *pik-* (lat. *pingo*, ruso *pisat'*), A *prak-*, B *prek-* (lat. *precor*, *posco*, al. *fragem*, *forschen*), B *śau-*, A *śo-* (lat. *uiuo*, ruso *žit'*), A B *śu-śwā-* (al. *kauen*, ingl. *chew*), *tāl-* (lat. *tollo*, gót. *pulan*), *tsāk-* (lat. *foueo*, lit. *degù*), *tsik-* (lat. *tingo*, arm. *dizanim*) A B *wāk-* (gr. *ξύμι*), A *wāp-*, B *wāp-* (al. *weben*), etc.⁹².

2.5. En el orden fonológico, las dificultades que ofrece el tocario para ajustarse a los esquemas preestablecidos son, si no me equivoco, más que nada de ajuste, sin que haya que pensar en aportaciones independientes⁹³. En el vocalismo, si por ej. A *poke* (cf. gr. *πηχυς*, *pokem* 'brazalete', B obl. *pokai* puede tener explicación particular, es inquietante al coexistencia de A *mācar*, B *mācer* (obl. *mātār*) 'māter' y B *procer* (obl. *protār*), junto a A *pracar*, (dual *pratrī*) 'frāter' y la presencia de tantas anomalías que esperan explicación⁹⁴. Esta falta de transparencia pesa sobre los fenómenos de apofonía⁹⁵, complicada con una alternancia consonántica, cargada también de valor funcional, resultante de la *Erweichung* (lenición o palatalización)⁹⁶, posterior a la africación parcial de * *t* en *ts*, en contexto originalmente palatal. Hay pues en todo esto, y no sólo en esto, graves problemas para determinar la distribución primitiva y el condicionamiento de las extensiones posteriores.

92. Las formas tocarias se citan por W. KRAUSE-W. THOMAS, *Tocharisches Elementarbuch*, I-II, Heidelberg 1960 y 1964.

93. Para posibles huellas de laringales en tocario, cf. WERNER WINTER, *Evidence for Laryngeals*, p. 190.-211.

94. WERNER-THOMAS, I, p. 57.

95. WERNER-THOMAS, I, p. 59 ss.

96. WERNER-THOMAS, I, p. 61 ss.

En la flexión nominal, poco ilustrada de estados anteriores en cuanto a las desinencias, no es fácil retrotraer los distintos temas (con el apoyo de la formas de plural y, cuando las hay, del oblicuo y del dual) a los tipos establecidos de flexión indoeuropea. La situación, aunque más favorable, no deja de recordar lo que sucede con el galés y las lenguas británicas en general, donde la formación del plural, descontada la extensión analógica, es el principal indicio para la restitución de la sílaba final, perdida en singular.

En cuanto a las categorías nominales, la llamada flexión de grupo, por distinta que sea del tipo indoeuropeo familiar *omnium horum uitiorum atque incommo-dorum* o *laboris industriaeque meae*, es una innovación que tiene paralelos conocidos en lenguas de otras familias, y sólo en un sentido muy limitado está justificada la opinión de Kronasser⁹⁷, para quien el tocario, con su *genus alternans*, presenta en cuanto al género una situación más complicada que el sistema tripartito corriente y para él original: se puede defender que es más simple, ya que en rigor no posee más que masculino y femenino⁹⁸.

Es seguramente en la morfología verbal donde el testimonio tocario es más valioso, pero un examen aun ligero nos llevaría demasiado lejos. Ha contribuido sin duda, incluso por su misma situación marginal, a una mejor apreciación de los *deteriores*, disminuidos antes por la valoración indiscriminada del indo-iranio y del griego⁹⁹, ya que su testimonio ha venido a sumarse a otros que antes estaban aislados o contaban con escaso apoyo: desinencias medias primarias en *-r*¹⁰⁰, además de una 3ª pl. del pretérito activo en *-r(e)* (cf. hitita, latín, etc.), 3ª pers. primaria activa en *-s* (A *-s*) y 2ª en *-t*¹⁰¹, pretérito en *s* no generalizada en activo¹⁰², oposiciones de compleja expresión indicativo / subjuntivo y verbo base / causativo, etc. En resumen, como todo nuevo testimonio, trae consigo sorpresas y dificultades que, a juzgar por las apariencias, aún tardarán mucho en ser aceptablemente resueltas.

2.6. De muy otra magnitud son los problemas que ha originado la interpretación del hitita como lengua indoeuropea, propuesta ya en 1915 por Hrozný¹⁰³ y generalizada sin mayor resistencia. Alrededor del hitita, por mejor conocido, se han ido agrupando después las demás lenguas indoeuropeas del Asia Menor, sin tradición independiente unas y conocidas otras por

97. *Etym. der heth. Sprache*, p. 106.

98. Para la oposición par / dual, véase W. WINTER, Nominal and Pronominal Dual in Tocharian, *Language* 38 (1962), p. 111 ss.

99. No hay que olvidar la insistente batalla que han venido sosteniendo en este sentido los neolingüistas italianos, con G. Bonfante al frente.

100. M. M. RUIPÉREZ, *Emerita* 20 (1952), p. 13 ss., 27 s. Para el verbo tocario en general, ADRADOS, *Evolución*, p. 382 ss.; para las desinencias, p. 619 ss.

101. WATKINS, *Indo-Eur. Origins*, p. 104 s.

102. WATKINS, *op. cit.*, p. 61 ss.

103. Sobre todo en su obra de 1917: *Die Sprache der Hethiter, ihr Bau und ihre Zugehörigkeit zum indogermanischen Sprachstamm*, Leipzig.

un corto número de inscripciones, que a falta de mejor denominación llamaremos anatólicas: luvita, palaíta, hitita jeroglífico, licio y lidio.

Aunque las relaciones internas y externas del grupo estén lejos de haber sido precisadas, aparece clara su relativa unidad: en todo caso, su relación mutua es mucho más estrecha que la que puede descubrirse entre cualquiera de ellas y otras lenguas indoeuropeas. Hoy podemos formarnos una buena idea de la posición del palaíta, a pesar de la pobreza de los testimonios¹⁰⁴, y sabemos de la estrecha relación entre el luvita (+) (además del optativo, funcionalmente independiente de éste)¹⁰⁵, el hitita (llamado también luvita) jeroglífico¹⁰⁶ y el licio¹⁰⁷. El lidio, hasta ahora el miembro más divergente del grupo, muestra, sin embargo, notables coincidencias con las otras lenguas, en índices de la flexión nominal (nom. -*ś* / -*s*, acus. -*v* / -*n* neutro nom. -acus -*d*, etc.)¹⁰⁸ y verbal (pres. 1ª sing. -*u* / -*v*, 1ª pl. -*uv*, 3ª sing.-pl. -*d* / -*t*, pasivo 3ª -*tad* / -*tat*), en los temas pronominales (1ª pers. sing. posesivo *amu*, posesivo *emi*-, enclítico -*a*- 'él', relativo *qi*-) partículas (*fa*-, luv. *pa*-, -*pa*-, licio -*be*, *kat*- y variantes, hit. *katta*), etc.¹⁰⁹. El léxico mismo, de valor ignorado o sólo aproximadamente conocido en buena parte, ofrece buenas ecuaciones: *bira*- 'casa', acaso término cultural (hit. *per*, obl. *parn*- luv., hit. jer. *parna*-; licio *prñnawa*- 'edificar')¹¹⁰, *civ*- 'dios' (hit. *siun(i)*-), *dā*- 'dar' (hit. *da*-, hit. jer. *ta*-, luv. *la(i)*- 'tomar'), *ena*- 'madre' (hit. *anna*-, luv. *anni*-, lic. *ēni*), *vic*- 'construir' (hit. pal. *weda*- / *wete*-, hit. jer. *usa*-), etc. Hay también algún término

104. Cf. A. KAMMENHUBER, *BSL* 54 (1959), p. 18-45.

105. E. LAROCHE, *Dictionnaire de la langue louvite*, París 1959.

106. P. MERIGGI, *Hieroglyphisch-hethitisches Glossar*, Wiesbaden 1962.

107. Cf. E. LAROCHE, Comparaison du louvite et du lycien, *BSL* 53 (1957-58) p. 159-197, 55 (1960), p. 155-185. Para el licio son precedentes importantes P. MERIGGI, *Der Indogermanis* II, Heidelberg 1936, p. 257 ss.; H. PEDERSEN, *LYKISCH UND HITTITISCH*, Copenhagen 1945.

108. Cf. también la desinencia -*λ* de dat.-loc. (oblicuo primero) y el suf -*li*- de adjetivos derivados empleados como genitivos (recuérdese el paralelo funcional de luvita y licio), aunque no está clara su relación mutua y sus correspondencias en otras lenguas (E. BENVENISTE, *Hittite et indo-européen*).

109. Cito por Roberto GUSMANI, *Lydisches Wörterbuch*, Heidelberg 1964; el trabajo fundamental que señaló el buen camino en cuanto a las relaciones de parentesco de esa lengua es P. MERIGGI, *Der indogermanische Charakter des Lydischen, Germanen und Indogermanen* II, p. 283-290. Véase también Alfred HEUBECK, *Lydiaka. Untersuchungen zu Schrift, Sprache und Götternamen der Lyder*, Erlangen 1959, sobre todo p. 59 ss. ("Lydisch und die anderen "hethitischen Sprachen"), y Vermutungen zum Plural des Lydischen, *Orbis* 12 (1963) p. 536-550. Su anunciada contribución al *Handbuch der Orientalistik* 1, 2, no acaba de salir o, por lo menos, no ha llegado a mis manos.

110. Con la transcripción por *q* del signo+ (HEUBECK, *Lydiaka*, p. 15 ss.) generalmente aceptada, quedan dos signos del alfabeto lidio que se transcriben por labiales (*b* y *f*), el primero de los cuales, semejante a gr. *B* (Θ), se propone ahora con buenas razones que correspondía más bien a gr. *p* que a *b* (GUSMANI, *Oriens Antiquus* 4 (1964), p. 1 ss.). En todo caso, la correspondencia arriba citada está apoyada por buenos paralelos: lid. *bi*- 'dar, adjudicar', hit. *pai*- / *piya*-, luv. *piya*-, luv. *piya*-, hit. jer. *pia*- lic. *pije*- lid. *bili*- 'suos', cf. hit. *apel*, gen., lic. *ebeli*, adverbio, etc.

de raigambre indoeuropea (*aλa-* ‘otro’) que falta en las demás lenguas anatólicas.

2.7. El indoeuropeísta que se enfrenta con el hitita y lenguas asociadas, con muchos o pocos prejuicios, se encara a cada momento, ante los incontables puntos de divergencia con las lenguas no anatólicas, con una urgente cuestión: ¿arcaísmo o innovación? No siempre es hacedero contestarla y, aunque se dé una respuesta, cabe siempre dudar de que esté determinada por algo más objetivo que convicciones e inclinaciones personales.

Los textos, en primer lugar, tienen muchas veces un aspecto un tanto singular, no extraño acaso en culturas y sobre todo en cancillerías plurilingües como las del antiguo Oriente Próximo, hasta el punto de que se ha sugerido la sospecha, posiblemente exagerada, de que el hitita ya no era una lengua hablada, sino solamente escrita, en el momento del apogeo del Imperio¹¹¹.

El léxico, antes que nada, sorprende por su alienación, chocante en una lengua indoeuropea atestiguada en fecha tan remota. Los nombres de parentesco, por ejemplo, uno de los baluartes más fuertes de resistencia del léxico patrimonial en otros grupos (cf. abajo. § 2.4.), aparecen sustituidos por otros. Hay posiblemente explicaciones sociológicas para esto —compárese la esfera religiosa donde la influencia exterior, sobre todo hittita, ha sido avasalladora—, pero que no sé hasta qué punto podrían extenderse a un numeral como *meu-* (luv. *mauwa-* ‘cuatro’ (cf. toc. A *štwar*, B masc. *štwer*, fem. *štwärā*, como lat. *quattuor*, gót. *fidwor*, etc.): bien es verdad que las denominaciones de partes del cuerpo o los pronombres son por lo general fieles al tipo indoeuropeo.

La onomástica de origen extraño se entiende sin dificultad, pues el hecho tiene abundantes paralelos históricamente probados, pero no tanto la reducción de la composición nominal que sólo se da, probablemente en grado menor, en lenguas indoeuropeas más recientes (itálico, tocario)¹¹².

También otras lenguas indoeuropeas (albanés, etc.) conservan poco el léxico patrimonial, pero, aparte de la diferencia de fecha, una buena parte de la aportación alienígena es de origen conocido (préstamos iránicos en armenio, franceses en inglés, etc.), cosa que no sucede con el hitita y demás lenguas anatolias¹¹³. Las resonancias indoeuropeas, sean debidas a contacto o no, en las lenguas kartvélicas, no muy alejadas en el espacio, no parecen extenderse al hitita.

Está claro que he partido implícitamente del supuesto, que ahora explícito, de que el hitita y su grupo son innovadores en materia de vocabulario

111. Heinz KRONASSER, *Vergleichende Laut- und Formelehre des Hethitischen*, Heidelberg 1956, p. 15. Sobre denominaciones procedentes del lenguaje infantil, sobre todo nombres de parentesco, véase su *Etym. del heth. Spr.*, p. 117 ss.

112. Cf. KRONASSER, *Etym.*, p. 128 ss. (onomástica), p. 155 ss. (composición).

113. Cf. KRONASSER, *Etym.*, p. 135 ss.

frente a la totalidad de las otras lenguas de la familia. Esto parece razonable, aunque no pueda ser probado¹¹⁴. De ser así, el grupo anatólico constituirá la falsificación más radical del postulado básico de la glotocronología que, a fecha más antigua, exige una mayor proporción de léxico compartido¹¹⁵.

2.8. En apoyo de la verosimilitud de las innovaciones habla, de una manera general, la rápida degradación de la información sobre estadios anteriores a que se asiste en la historia misma del hitita y todavía más en la comparación de éste con otras lenguas del grupo.

Entre la lengua de los textos más antiguos y la de Imperio Nuevo, se documenta, por ejemplo, el abandono de la antigua desinencia *-an* de gen. pl. (cf. lat. *-um*, etc.) con empleo ocasional como gen. sing. por extensión de la desinencia *-as* de dat. -loc.: cf. lid. *-a* y variantes, gen. pl., distinto de *-n*, desinencia de dat.-loc. pl.¹¹⁶. Dentro de la declinación nominal se da también la fusión en dat. -loc. sing. *-i*, frente a la distinción antigua (dat. *-a* / loc. *-i*); es frecuente también la confusión del nom. (*-es*, *-as*) con el acus. (*-us*) pl.¹¹⁷.

Los temas heteróclitos en *-r* / *-n*, rasgo evidentemente arcaico (pero que, como arcaísmo conservado, no puede servir para atribuir al hitita una posición especial dentro de la familia indoeuropea) aparecen solamente en hitita¹¹⁸ y no han sobrevivido en otras lenguas anatólicas¹¹⁹.

También en los pronombres, la distinción antigua y sin duda heredada *uk* 'ego' / *ammuk* 'me, mihi' (y, del mismo modo, *wes* / *anzas*, *sumes* / *sumas*, frente a la distribución *zik* 'tu' / *tuk* 'te, tibi' mantenida con mayor tenacidad) fue suplantado por el uso promiscuo de ambas formas, una solamente de las cuales se documenta en las otras lenguas hit. jer., lid. *amu* 'yo, me', lic.

114. La situación recuerda las condiciones, señaladas arriba, *I.1*, en que se encuentra la comparación entre semítico y egipcio antiguo, con sus prolongaciones hasta el copto: los sistemas gramaticales se asemejan mucho, hasta en la materialidad de los índices, pero las concordancias léxicas son notablemente escasas.

115. Como el ensayo se ha hecho ya, y con resultados muy dudosos, remito a mi reseña en *Zephyrus* 11 (1960), p. 263-268, de P. BOSCH-GIMPERA, *El problema indoeuropeo*, y en particular de su apéndice glotocronológico por M. SWADESH. Advierto, para que no haya lugar a confusión, que mi posición nunca ha sido favorable a la glotocronología, aunque creo que la tentativa merecía hacerse. En *Lenguas y protolenguas*, p. 61, nota 106, se menciona alguna bibliografía negativa, a la que ahora pueden añadirse, por ejemplo, E. COSERIU, "Critique de la glottochronologie appliquée aux langues romanes", *Actes du Xe Congrès Int. de linguistique et de Philologie Romanes* I, París 1965, p. 88-97; H. VOGT, Some Remarks on Glottochronological Word-Lists, *Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap* 20 (1965), p. 28-37 (con referencia a un ensayo de Tovar, en cuya preparación y publicación intervine), y el durísimo ataque de H. G. LUNT en *Proceedings of the Ninth Int. Cong. of Ling.*, p. 247-252.

116. Cf. GUSMANI, *Lyd. Wörterbuch*, p. 36.

117. Sigo a J. FRIEDRICH, *Hethitisches Elementarbuch* I², Heidelberg 1960, p. 43 ss.

118. Sobre posibles residuos de temas en *-r* en licio, véase G. NEUMANN, *Untersuchungen zum Weiterleben hethitischen und luwischen Sprachgutes in hellenistischer und römischer Zeit*, Wiesbaden 1961, p. 55 ss.

119. Cf. FRIEDRICH, *Heth. El*, I, p. 186; a. KAMMEHUBER, *Corolla linguistica*, p. 97-106; KRONASSER, *Etym.*, p. 278 ss.; LAROCHE, *Dcit. de la langue louvite*, p. 140.

a- / *e-* / *emu*. Del mismo modo, la distribución de las formas del pronombre enclítico hitita de la 3ª pers. pl. ha sufrido una fuerte reforma: ant. *-at* nom. -acus. n. sing. pl. *-e* nom. común y nom. -acus. n., *-us* acus. común: mod. *-at* nom. pl. común y nom. -acus. sing. y pl. n. y *-as* acus. pl. común¹²⁰.

2.9. Para la fonología del hitita, considerada desde el punto de vista descriptivo como fundamento indispensable de toda especulación diacrónica, constituye una circunstancia poco afortunada el sistema de escritura en que se fijaron sus textos¹²¹. Escrituras poco adecuadas para la lengua que trataban de reflejar son también sin duda los silabarios micénico y chipriota¹²², pero aquí la inmensa acumulación de textos griegos en otra escritura da clave para la interpretación. Es una desgracia, en particular, que los textos cuneiformes (los jeroglíficos, con sus propios inconvenientes, sólo recientemente han empezado a ser usados en la comparación) no vayan acompañados de algunos en otro sistema de escritura: recuérdense, por ejemplo, los textos hurritas alfabéticos de Ras Shamra junto a los cuneiformes más abundantes¹²³. El principal complemento de nuestra información lo constituyen en este punto la onomástica¹²⁴ y las glosas de procedencia diversa y muchas veces de utilización peligrosa¹²⁵. La frecuente utilización de ideogramas en los textos hititas, por otra parte, perjudica a su aprovechamiento diacrónico tanto como ha favorecido su inteligencia¹²⁶.

Algunas propiedades de la escritura cuneiforme son bien conocidas por sus enojosas consecuencias¹²⁷: frecuentemente indistinción entre *i* y *e* (el silabario es defectivo en lo que se refiere a sílabas con *e*), distinción sólo de cuatro vocales¹²⁸, falta de claridad en la representación de la apofonía (el esquema hitita parece apartarse, por otra parte, del indoeuropeo común en bastantes puntos), dificultades en la representación de grupos consonánticos e intercalación de vocales que a menudo no se sabe si son puramente gráficas o no, etc. En el consonantismo, aun admitiendo la ley o regla de Sturtevant, según la cual la distinción gráfica consonante simple / consonante geminada en posición interior corresponde a una distinción fonológica entre sonoras /

120. Cf. FRIEDRICH, *op. cit.*, p. 62 s.

121. Véase, para la escritura, KRONASSER, *Etym.*, p. 3 ss.

122. Otro tanto ha ocurrido con la escritura ibérica usada para el celtibérico, y en este caso las ayudas exteriores son mucho menores.

123. Cf. S. A. SPEISER, *Introduction to Hurrian*, New Haven 1941 (= *The Annual of the American School of Oriental Research*, XX, for 1940-41), p. 1 ss.

124. Véase últimamente L. ZGUSTA, *Kleinasiatische Personennamen y Anatolische Personennamensippen*, Praga 1964.

125. Cf. NEUMANN, *Untersuchungen*, citado arriba, nota 118.

126. Cf. FRIEDRICH, *Entzifferung*, p. 60 ss.

127. La distinción *Ū* / *U*, aprovechada por el hurrita (= *u, w/o*: SPEISER, *op. cit.*, p. 22 ss.), no fue usada en hitita (KRONASSER, *Etym.*, p. 19), posiblemente por no necesitarla.

128. Una distinción semejante existía en hurrita para oclusivas o similares (*f* / *v*) y además para *ṣ* / *z*. Había también una distinción gráfica *h* / *hh*, de valor menos preciso. Cf. SPEISER, *op. cit.*, p. 31 ss.

sordas o laxas / tensas *uelsim.*, pero en todo caso a la conservación de una oposición patrimonial entre sonoras, sonoras aspiradas / sordas¹²⁹, hipótesis perfectamente aceptable para el hitita¹³⁰, puesto que cuenta con el sostén de la gran mayoría de etimologías seguras, como señala Benviste, además de suponer una mayor coerción, siempre necesaria, para la comparación, no se sabe bien hasta dónde habría que extender a otras consonantes¹³¹: en todo caso a *-h-* / *-hh-* y acaso a alguna consonante más¹³¹. En general, la cantidad, vocálica o consonántica, parece carecer de representación.

2.10. Sea de esto lo que fuera y aceptada por necesidad la pesada carga de estas imprecisiones, los hechos hititas no obligan a modificar el cuadro fonológico indoeuropeo en un sentido radical (of. arriba, 2.2. s.). De suponer correcta la hipótesis de Benviste¹³², basada en hit. *-as*, desinencia de ablativo, *zamankur* ‘barba’ (*Isamankur-want-* ‘barbudo’): ind. ant. *śmáśru-*, etc., habría que añadir al sistema de la protolengua un nuevo fonema, confundido en las demás lenguas con i.-e. *s.

No es muy diferente el caso de hit. *h* (o *h* / *hh*). Si dentro de la corriente más general de ideas aceptamos su identificación de principio, propuesta por Kuryłowicz en 1927¹³³, con los “coeficientes sonantiques” de Saussure y las “laringales” que de ellos han derivado, ni siquiera tenemos un fonema o fonemas conservados en hitita y en su grupo¹³⁴ y perdidos totalmente en las demás lenguas, sino conservación parcial de una parte y huellas indirectas de la otra. ¡Pero estas huellas existen con suficiente claridad, puesto que fueron descubiertas y estudiadas antes de la aparición del hitita!

El de las laringales es problema que no se puede tocar más de cerca aquí¹³⁵. Salta a la vista, en todo caso, que el tratamiento de *h(h)* hitita por Kronasser, poco inteligente por cierto, es inaceptable¹³⁶. Tenía, a juzgar por

129. La regla se aplica con menor vigor en luvita: LAROCHE, *Dict. de la langue louvite*, p. 131. Es sabido, por nombres y glosas en otras lenguas y por las mismas inscripciones epigráficas licias y lidias, que la distinción entre las dos series probables de oclusivas anatólicas no correspondía muy bien a la griega entre sordas y sonoras por ejemplo.

130. BENVENISTE, *Hitt. et indo-eur.*, p. Cf., por ejemplo, hit. *dassu-* ‘fuerte’ / *dasu-* ‘ciego’.

131. Para hitita *-h-* simple, precedida de *e*, es interesante la hipótesis de W. WINTER, *Evidence for Laryngeals*, p. 194 ss., según la cual tendríamos un fenómeno de disimilación en hit. *ehuratis* (?), *mehur*, *sehur*, *pehutezzi*, *hekur*, *nekuz* (*nekumanz*). No era distinta en el fondo la explicación propuesta por Martinet para la diferencia entre lat. *agnus*, gr. *ἄμνος* e irl. *úan*, galés *oen* (<*ogn-): las formas eslavas como ruso *ágnec* suponen un vocalismo inicial largo.

132. BSL 50 (1954), p. 29 ss.

133. En *Symbolae grammaticae in honorem Ioannis Rozwadowsky* I, p. 95-104.

134. En lidio, al parecer, faltan huellas seguras de su conservación.

135. Véase ADRADOS, *Estudios sobre las laringales indoeuropeas y Evolución*, p. 27-44. Cf. L. ZGUSTA, *Die indogermanischen Laryngalen und die Lautgesetze*, *Archiv Orientalní* 33 (1965), p. 639-646.

136. *Vergl. Laut-und Formenl. des heth.*, p. 75 ss.

todos los indicios, valor fonológico y su sustancia fonética era mucho más consistente que la de una aspiración¹³⁷, que es tan a menudo residual (de *k*, *p*, *f*, *s*, etc.), como decía Meillete, y es susceptible de introducirse como préstamos (francés, rumano, etc.) de lenguas contiguas. Acéptese o no la identificación de Kuryłowicz, un comparatista que se ocupe del hitita no puede desentenderse de él, como objetó Laroche¹³⁸, sino incluirlo entre los elementos patrimoniales, puesto que aparece en tantas voces y hasta en exponente gramaticales seguramente heredados, y contar con él en su recomendación.

2.11. La conocida hipótesis de Sturtevant de un indo-hitita, con el anatólico coordinado al indoeuropeo, no ha tenido demasiada fortuna. Me inclino a pensar que en su descrédito no ha tenido tanta parte su formulación dentro de la *Stammbaumtheorie*, como apunta Adrados¹³⁹. Fonológicamente, según creo haber mostrado, no es necesaria y el carácter innecesario de una hipótesis es razón suficiente para desecharla. La productividad de los demás en *r / n* (véase arriba, 2.8.) tampoco prueba nada, por ser un arcaísmo. Otro de sus argumentos, la existencia –al menos residual– de temas pronominales en *s-* y *t-*, frente a su integración en un paradigma de otras lenguas indoeuropeas (got. *sa*, *so*, *-ata*, etc.)¹⁴⁰, es un argumento que más bien prueba lo contrario de lo que se quería demostrar: el paradigma “indoeuropeo”, por irregular, lleva en sí la patente de su mayor antigüedad, como ya señaló Bonfante en una ruidosa polémica en la que se hizo intervenir a Einstein.

El estudio más completo sobre la posición del hitita es sin duda el reciente de Adrados, en relación sobre todo con el verbo¹⁴¹ quien se inclina por lo general en favor de su arcaísmo, frente a la posición del Sommer y Kuryłowicz. Su opinión está claramente resumida en estas palabras: “No sería exagerado decir que si no existiera el hitita habría que haberlo inventado”¹⁴².

En lo que tiene de innovación, hay algunas que le son propias (la alternancia vocálica, por ejemplo, se ha conservado mejor en griego y en indio ant.) y otras que le son comunes con el conjunto de las lenguas indoeuropeas, pero ninguna que comparta con una parte de éstas. Las últimas serían naturalmente (cf. abajo, 1.13.) las únicas que tendrían valor probativo para establecer un parentesco más cercano o un desarrollo común. Esta situación se explica por tratarse “de un territorio dialectal arcaizante al que por emigración, posición marginal o cualquier otra causa no alcanzaron ciertas isoglosas

137. Véanse los testimonios internos y externos reunidos por J. PUHVEL, *Evidence for Laryngeals*, p. 80-86.

138. En una reseña de *BSL* que no tengo a mano.

139. *Evolución*, p. 24.

140. Véase últimamente D. J. N. LEE, *Archiv Orientalní* 34 (1966), p. 1-26.

141. *Evolución*; p. 23 ss. (“Nuevos datos para el estudio del verbo indoeuropeo: el tocar y el hitita”), p. 95 ss. (“El verbo hitita”), p. 85 ss. (“El hitita y sus conexiones”), sobre todo p. 859 s., donde se da una lista de arcaísmos hititas, referidos como es natural al verbo.

142. P. 25.

que fueron aceptadas por todo el resto del indoeuropeo o, al menos, por su mayor parte.”¹⁴³.

2.12. La opinión de Adrados, apoyada por un estudio de proporciones inmensas, me parece definitiva en lo esencial. Se podría introducir una corrección, sin embargo, insistiendo en las innovaciones exclusivas que admite Adrados. El hitita, por lo menos desde su establecimiento en el Asia Menor, se nos presenta sometido a un proceso profundo, acaso también rápido, de alienación, aculturación o como se le quiera llamar, que tuvo que alterar profundamente en algunos puntos su fisonomía anterior. Lo que se dice del hitita incluye, no hay necesidad de insistir sobre ello, el conjunto de las lenguas microasiáticas: si el carácter indoeuropeo del licio y del lidio ha tardado tanto en ganar las opiniones¹⁴⁴, ello no se ha debido tan sólo a la pobreza y dificultad de los textos.

Ya se ha hablado de la abundancia del elemento extraño en el léxico hitita (2.7), cuya explicación más simple, y probablemente más generalizada, es la de la innovación: es decir, la del préstamo y pérdida del caudal tradicional. En relación con ésto, parece conveniente tocar un punto tratado por Adrados, quien reconoce¹⁴⁵ que la “escasez de verbos temáticos radicales en hitita” es “problema difícil”. No tengo dificultad en admitir, con Meillet, la mayor antigüedad del tipo atemático (hig. *esmi*, *epmi*, *sesmi*, *wekmi*, etc.) ni tampoco, con Adrados la prioridad, dentro de las formaciones temáticas, del tipo *tudāti* sobre el tipo *bhārati*¹⁴⁶. Pero, prescindiendo de la clase de conjugación, no deja de ser un hecho que en lenguas como el latín, el irlandés, el alto alemán ant., etc., una inmensa cantidad de raíces verbales antiguas se nos manifiesta en ese tipo de flexión. Y, aunque éste sea una innovación no lo son los lexemas, muchísimos de los cuales faltan en el indoeuropeo de Anatolia, pero se han conservado todavía muchos siglos después en tocario (cf. arriba, 2.4.), más tarde todavía en lituano, a veces hasta en albanés, etc.

2.13. Vuelvo a recordar (cf. arriba, 2.8.), en apoyo de estas restricciones que presento a la concepción de Adrados, los hechos de la degradación (confusión o pérdida) que se documentan en el curso mismo de la historia del hitita y de las lenguas de su grupo en general.

En la flexión nominal, que Adrados sólo toca de pasada, menciona la falta de desarrollo en hitita de la oposición genérica masculino / femenino.

143. *Ibid.*

144. En la 2ª ed. de *Les langues du monde* el licio y el lidio no van tratadas con las lenguas indoeuropeas, aunque su inclusión entre las lenguas del Asia Menor —en las cuales no entra el hitita— puede ser debida a razones prácticas y no se discuta su filiación genética.

145. P. 99.

146. El ejemplo no vale más que como mera ilustración, sin que suponga un desconocimiento de las pruebas de una flexión atemática de **bher-* (lat. *fer*, etc.).

no¹⁴⁷, que contrasta con la coincidencia, hasta en detalles de forma, en la expresión de la oposición común /neutro¹⁴⁸: hay que señalar que tampoco en lidio se cree ahora que pueda mantenerse la distinción tripartita que creyó descubrir Meriggi¹⁴⁹. Esta falta de desarrollo –no pérdida– ha confirmado, como se sabe, ideas expresadas antes de la aparición tardía del hitita sobre el carácter secundario de la escisión del género común en masc. / fem.¹⁵⁰.

“En cambio –añade Adrados–, el hetita entra dentro de las tendencias evolutivas de todo el indoeuropeo al perder el dual”. Esto es cierto, pero con una importante salvedad: que ha sido la primera lengua indoeuropea, a juzgar por los testimonios de que disponemos, en entrar por esta senda. En otras palabras, el hitita y su grupo no han seguido aquí una tendencia común, sino que han sido la vanguardia que la ha precedido¹⁵¹. De las dos lenguas vecinas, el acadio mantiene el dual semítico, pero el hurrita al parecer carecía de él.

2.14. De una manera general, la estructura gramatical del hitita se nos aparece como una simplificación –entendida esta palabra en sentido descriptivo, no diacrónico– en comparación con las de otras lenguas indoeuropeas, sobre todo las más antiguas. La declinación es muy simple, sobre todo en plural; también lo es la conjugación con sus dos tiempos, aunque con dos conjugaciones –sin oposición significativa– y dos voces, y un indicativo sin otro modo opuesto que el imperativo, pero posee, rasgo de sorprendente modernidad, tiempos perifrásticos al estilo de *he hecho, ich habe gemacht*¹⁵².

147. P. 861. Como dice en la p. 25, nota 4, hit. -a, si hay que identificarlo como aprece con la desinencia gneeral -a del pl. neutro (Kurylowicz, *The Infl. Cat.*, p. 217, parece mostrar reservas), no tiene que ser tomado como resto de un femenino perdido. Véase también T. BURROW, *The Sanskrit Language*, p. 190 ss.

148. Me remito al trabajo reseñado en la nota 52.

149. Y como aceptaba con satisfacción KRONASSER; *Vergl. Laut-und Formenl Wörterbuch*, p. 37 s., 44 s. La cuestión sigue abierta, porque no se ha hallado aún explicación satisfactoria a concordancias como *bil šfenis* ‘su propiedad (uel sim.)’, *es anlola atrástal*, etc., con sufijo cero en los atributos.

150. KRONASSER, *Etym.*, p. 106 ss., mantiene su postura, recuerda el caso del armenio no lejano en el espacio y reúne, siguiendo a Pedersen, los posibles restos de moción femenina (*parkui-*, *dankui-*, etc., como lat. *suāvis*, *tenuis*, ind. ant. -*dūi*, *tanūi*).

151. BENVENISTE *Hittite et indo-européen*, p. 41. ss.; KRONASSER, *Etym.*, p. 366 ss. No vale la pena de hablar todavía del “subjuntivo” jeroglífico (3ª pers. sing. en -a (-ā)) que al parecer no puede ser tomado como forma de una segunda conjugación (cf. verbos hititas en -*hi*, 3ª sing. pres. -*i*, también en palaíta), ya que coincide con la desinencia -*ti* en el mismo verbo: *tiwati* / *ti-wa-a*. Cf. MERIGGI, *Hier.-heth. Glossar*, p. 11.

152. Personalmente me inclinaría (con SOLTA, *Handbush der Orient.* 1, 7, p. 122, nota 1) a valorar positivamente como arcaísmo la desinencia en -*r* de la 3ª pers. pl. del pretérito activo hitita, frente a luv. pl. -*nta* (cf. ADRADOS, *Evolución*, p. 112, 266 s., 410, 658 ss.), desinencia también antigua. En efecto, y dejando a un lado toda especulación en cuanto a su origen, el hecho es que una desinencia en *r* aparece limitada a la 3ª pl. del perfecto (pretérito) activo en latín, tocario A y B (cf. arriba, 2.5) e hitita, en todos los cuales coexiste con de-

En resumen, el testimonio del hitita, cuando no está apoyado por coincidencias exteriores¹⁵³, ha de ser mirado en principio con recelo en vista de la evolución acelerada que parece haber sufrido la lengua. A falta de esta confirmación, el arcaísmo habrá de ser corroborado, y esto es lo que ha hecho Adrados, por el análisis interno y por la ordenación de los datos en una cronología relativa.

LABURPENA

Koldo Mitxelena zenaren (1915-1987) lan argitaragabe hau Salamancako Unibertsitatean sortzekoa zen indoeuropear katedraren oposizioetarako (1966) idatzia izan zen. Lehen partean, berrikuntzaren ikuspegi orokorra ematen du, bere metodo eta esanahiarekin, indoeuropearrari dagokionez bereziki.

Bigarren atalean, Asia aldeko hizkuntzei buruz aurkitutako materialeek indoeuropear linguistikan sortutako arazoak aztertzen ditu.

RESUMEN

Este trabajo inédito de Luis Michelena (1915-1987) fue escrito para la oposición a la Cátedra de lingüística indoeuropea de la Universidad de Salamanca (1966). En la primera parte trata de problemas generales de la reconstrucción, de sus métodos y de su significado, con aplicación especial al campo indoeuropeo.

En el segundo apartado se estudian los problemas que ha planteado a la lingüística indoeuropea la aparición de materiales relacionados con lenguas del Asia Menor.

RÉSUMÉ

Luis Michelena (1915-1987) écrivit cet ouvrage inédit à l'occasion du concours convoqué pour obtenir la Chaire de Linguistique Indoeuropéenne de l'Université de Salamanca (1966). L'ouvrage comprend deux parties: la première fait état des problèmes généraux concernant la reconstruction, ses mé-

sinencias medio-pasivas con *r* en otros tiempos. Es decir, tenemos de una parte (pretérito activo) una distribución limitadísima con formas que sólo coinciden en esa consonante y, de otra, desinencias con *r* generalizada o muy extendida, pero empleadas sólo en algunos tiempos (presente hitita, tema de presente latino, presente y modos tocarios), que se pueden retrotraer a algunos prototipos, relacionados y derivables en buena parte entre sí. Cf. también irl. ant. 3ª pers. pl. *-atar* (que contiene, es cierto, *-nt-* y tiene un paralelo en la 1ª pl. *-ammar*) del pretérito reduplicado y en *a* (es decir, del antiguo perfecto), extendido al pretérito en *t*, frente a *-sam* / *-sem* / *-set* del prteérito, antiguo aoristo sigmático, en *s*. La extensión de *r* a la 3ª pl. medio-pasiva en indo-ir. *-re* parece claramente secundaria: cf. ADRADOS, *Evolución*, p. 267, n. 7; BURROW, *The Sanskrit Language*, p. 311 s.

153. Falta en el texto original la página correspondiente a la nota 153.

thodes et ses sens, appliquée spécifiquement au domaine indoeuropéen. La deuxième partie offre une étude sur les problèmes que l'apparition de matériaux relatifs aux langues d'Asie Mineure a posés à la Linguistique Indoeuropéenne.

SUMMARY

Luis Michelena (1915-1987) wrote this inedited dissertation for his public competition for the Chair of Indo-European Linguistics at the University of Salamanca (1966). The first part discusses the general problems of reconstruction, its methods and meaning with special application to the Indo-European field. The second part studies the problems the finding of materials related to Asia Minor has posed for Indo-European Linguistics.